

Juan Tesler

ESTUDIOS



MARTA Y MARÍA

Cuadro de Julio Romero de Torres

JUNIO DE 1929

50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

(Obras selectamente escogidas por su utilidad y su valor educativo)

Pídanos nuestro catálogo general, que remitiremos gratis



La Muñeca, por F. Caro Crespo. —Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.



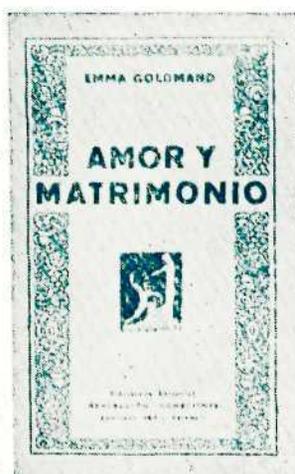
El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.



La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—Precio, 0'50 pesetas.



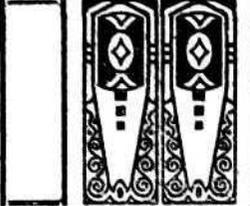
Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendamos la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de Shum a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.



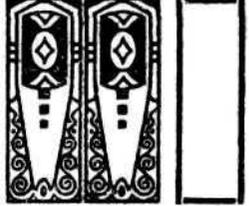
Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.



El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.



El pensamiento autístico



El notable psiquiatra alemán Bleuler trata, en un libro enjundioso, de los males que en Medicina ha producido este modo de pensar. El libro, editado recientemente por Aguilar (Madrid), se titula *El pensamiento indisciplinado y autístico en la Medicina y manera de evitarlo*.

En él se combaten muchos errores médicos y muchas simplezas admitidas con toda seriedad, que han nacido de este modo de pensar autista. Este modo de pensar, propio de psicópatas, de maníacos y delirantes, tiene sólo en cuenta, o da sólo importancia, a argumentos propios, no teniendo en cuenta la realidad, ni las razones de los otros. Se comienza en él por aceptar una cosa que satisface ciertos deseos inconscientes, que agrada o que conviene; y, acariciándola en la mente, se admite de la realidad sólo lo que la comprueba, y se desecha lo que la contradice. En estado normal, el autismo es más discreto, menos cerril, más atemperado; pero termina por conducir a desfigurar la realidad en provecho de la idea admitida, y por erigir en verdades ideas falsas.

En Medicina, donde los hechos son aún tan oscuros, y el organismo enfermo tan complejo, no hay idea, por descabellada que sea, que no tenga comprobaciones aparentes. Cada enfermedad tiene docenas de tratamientos. Cada autor o cada médico se decide por el que más le gusta, y no hay modo de hacer que dos médicos coincidan en el mismo. Todos los procedimientos cuentan con sinnúmero de éxitos, según sus partidarios. Los fracasos, nadie los atribuye al tratamiento. No se ha hecho un estudio comparativo de los distintos procede-

res, para saber cuál es el mejor, sin duda porque se teme que todos lo sean en la misma medida. Es decir, que las curaciones no se deban al medicamento, al régimen, a los baños, al emplasto o a la magia, sino al movimiento espontáneo de la naturaleza, a la confianza del enfermo en su curación, o al curso favorable de la dolencia. El pensamiento autista no se ha detenido a pensar en estas contingencias. El enfermo tomaba un remedio y se ha curado; luego la causa de la curación ha sido el remedio. No piensa que la Naturaleza es la que cura; que las enfermedades agudas tienden a la curación, aunque se abandonen a sí mismas, y que los más dispares remedios pueden obrar sólo por la fe y confianza que en ellos pone el enfermo. Como quien oyendo sonar el órgano de una iglesia al tiempo que un perro acababa de entrar en ella, atribuyó al perro la acción de tocar el musical artefacto.

Hay múltiples enfermedades en las que *no hacer nada* da tan buenos resultados como el más prestigioso remedio. Tal ocurre en las enfermedades epidémicas, sobre todo en la gripe, en la pulmonía, en los catarros, en la tos ferina, en muchas infecciones y en los procesos incurables. Por esto, el autor propone un procedimiento terapéutico que denomina *Udenoterapia*, y que consiste en dejar que la Naturaleza obre por sí misma, siempre que los remedios propuestos no sean necesarios o puedan resultar perjudiciales. Es ésta una concesión tácita que se hace al Naturismo. Pero no será aceptada por el público, ya que éste está predispuesto a confiar en la eficacia de cualquier droga o potingue, más que en su propio organismo, al

que no conceden ningún papel activo en la enfermedad. Por parte de los médicos no encontrará grandes resistencias, a pesar del abuso que hoy se hace de las medicinas, sobre todo de los específicos.

Convendría someter todos los remedios aconsejados a una comprobación experimental lo más rigurosa posible, y sobre todo comparar entre sí los distintos remedios aconsejados en una misma enfermedad, a fin de que la elección de ellos por el médico no fuera tan autista. Las estadísticas, tal como hoy se llevan, no demuestran nada más que lo mal que se hacen y la imposibilidad de sacar nada de comparar cosas heterogéneas. Así no sería tanto el desbarajuste y se sabría a qué atenerse respecto a muchos procedimientos. Es por este modo de pensar autista por lo que no puede darse ningún valor a la experiencia personal aislada. Cada médico está encantado con su remedio favorito porque atienden más a su experiencia propia que a la de los demás, y porque, sin querer, desfiguran la realidad.

El mismo pensamiento autista ha conducido a muchas ideas erróneas, como la de que es posible tonificar, fortalecer o regenerar una parte del organismo, un órgano o un aparato determinado. La acción tónica de los medicamentos está aún por demostrar. El concepto de debilidad, a que tan fácilmente se recurre, es un término impreciso, vago, y falso en la mayor parte de los casos en que se invoca. Los higienistas no hacen más que llenar de falsos temores al público, especialmente contra los microbios. No es necesario cepillarse los dientes para conservarlos sanos, y, en cambio, se sabe que tal práctica los desgasta prematuramente. Se puede impunemente beber agua estando sudando, y después de haber comido fruta, aunque sean cerezas. El público se ha llenado de temores, la mitad de ellos absurdos.

Sobre el alcoholismo, el mismo criterio autista de los médicos hace que no se llegue a coincidir en reconocer sus manifiestos perjuicios. A los bebedores no les faltan médicos que atestiguan la bondad del vino y hasta la inocuidad de beberlo en cantidad.

Este modo de pensar no es exclusivo de la Medicina; invade todas las manifestaciones de la vida. Es el hablar de la feria según va en ella. Una simple experiencia nos parece sufi-

ciente para formar juicio sobre una cosa. En el Naturismo y en las ideologías avanzadas, el pensamiento autista, frondoso, ha conducido a muchas ideas falsas y a un desconcierto y multiplicidad de opiniones verdaderamente enormes. Si en el médico, que, por sus estudios, está obligado a tener un pensamiento disciplinado, el autismo es pródigo, ¿qué no será entre quienes para nada han educado su modo de pensar! En el Naturismo se podría prescindir de gran número de remedios, y nada hay verdaderamente comprobado como no sea que el organismo, puesto en buenas condiciones higiénicas, es capaz de bastarse a sí propio. La hidroterapia se emplea de un modo empírico y oscuro. Muchos regímenes y supuestas virtudes curativas de alimentos tendrían mucho que discutir. Nada digamos de lo absurdo de esa división de los alimentos en magnéticos y eléctricos. El afán de justificar muchos fracasos y de encontrar la explicación de misterios lleva a concebir ideas como esa de la incompatibilidad de alimentos. Y si el afán de sorprender o de explotar a los crédulos anda por medio, cualquier barbaridad se concibe. Quitad la acción sugestiva con que se emplea un remedio, la oportunidad con que se pone en práctica, o la posibilidad de coincidir con la curación espontánea, y dejáis al Naturismo tan desarmado en remedios serios como la Medicina. Digo remedios serios, porque de los otros hay para hartarse.

El autismo es la antítesis del pensamiento científico, que no atiende más que a los hechos y sólo se amolda a la realidad. El autista acepta la idea por lo que tiene de agradable, o por las satisfacciones íntimas que reporta; el científico, en cambio, atiende sólo a las probabilidades de verdad y a su acuerdo con la realidad; sus postulados están en eterna revisión. Al autista le traiciona su afectividad. Es la razón de ser de las religiones, el fundamento de su arraigo. La inmortalidad y la justicia compensadora son dos agradables creencias que la religión promete y que la vida no da.

Las utopías están también contaminadas de autismo. Cada uno acepta la solución redentora que más le agrada, no aquella más razonable o más hacedera. Por ello es casi imposible todo intento de acción coordinada; el desconcierto reina, los esfuerzos se desperdigan. Cada uno

vive sus propias razones, atento a sus preferencias íntimas, y tiene los oídos tapados para las razones de los demás, para las razones de todos.

El remedio está en sospechar que se puede

estar engañado, en revisar los motivos que nos movieron a aceptar la idea, y en mirar la realidad con espíritu objetivo, contrastando los resultados de la experiencia propia con los de las experiencias de los otros.

ISAAC PUENTE



Impresiones de mi visita a un penal

Las dos caras de la esfinge



En el otro artículo hice notar la distinción entre penados comunes y político-sociales, entre los reclusos de sensibilidad educada y los de inculta personalidad. Ambas clasificaciones no son exactamente superponibles, pero en general a la diferencia de matiz en el delito acompaña una diferencia de reactividad moral.

El penado es un monje a la fuerza. Cubre con la estameña una carne atormentada en sus necesidades y apetitos en abstinencia forzada, y un espíritu en mortificación purgando un pecado. Pero en el penal no se vive la paz monacal de los claustros. La mansedumbre del penado es una cosa aparente, totalmente engañosa. Bajo las caras de expresión compungida y la actitud arrepentida, laten impulsos prestos a desbordarse, instintos y tendencias en forzada latencia. Es la mansedumbre de las aguas represadas, que antes fueron torrente y que un día pueden volver a su primitivo empuje destructor. Sólo les falta la pendiente.

Sufre un espejismo, se engaña sin querer, quien crea que aquello es sincero, que el penal y su régimen interior han podido regenerar de tal modo a hombres que van, por constitución, por lastre hereditario, por incultura, o por imperativos sociales o económicos, arrastrados por impulsos inconscientes.

Allí, los más fieros criminales aparecen mansos, manejables, domesticados. La verdad no es esa. El penal, como la escuela, el colegio o el cuartel, obligan a adoptar ante los superiores caras de buenos chicos, sin perjuicio de recurrir a todas las tretas imaginables para burlar la vigilancia, evadirse al rigor del reglamento, o lograr aquello que está más rigurosamente pro-

hibido. ¡Quién se olvida de la atracción que ejerce lo vedado y del incentivo con que nos seduce el pecado!

Bajo su pardo uniforme infamante, el penado tiene el aspecto de un ser sin prisas; falta de estímulo para obrar. Mirándolos desfilan, resalta más clara esta impresión de abatimiento. Sus pasos y ademanes tardos, lánguidos, como de quien se deja llevar, como de quien camina a rastras, traducen esa actitud dejada. Como si así se defendieran contra el mayor tormento de la reclusión: la duración del tiempo, el lento paso de los días, que todos cuentan uno a uno.

Entre el funcionario de prisiones y el recluso parece que no puede existir más que una armonía superficial, poco sincera. Por paternal que sea la conducta del primero, el preso verá en él, personalizadas, las fuerzas represivas que lo han llevado allí tan a su pesar. A mí me pareció sorprender esa actitud de recelo, presta a recogerse en sí misma, temerosa de la autoridad y arbitrios que sobre él se ejercen. Muchas veces se forzará la expresión complaciente del rostro, para encubrir el atrevimiento de una travesura, y se disimulará una antipatía ensayando una sonrisa de agrado. Lo que hacemos en la vida con tanta frecuencia, no tiene por qué faltar aquí, donde tantas coacciones obligan a la hipocresía.

Lo tétrico, lo espeluznante, lo que en tantos relatos novelescos nos puso los pelos de punta, no existe ya. No hay presos que arrastran un grillete, ni cadenas ni argollas aprisionando miembros. Comprendo el interés del personal de Prisiones por hacer notar lo erróneo de esta creencia, aun muy extendida. El penal se ha

humanizado. Corresponde a la sensibilidad de la época. Aparentemente, el recluso tiene poco de qué quejarse. Si no de su delito, a lo menos de la mala suerte que lo hizo caer en manos de la Justicia. ¡Si al menos estuvieran allí todos! Tiene luz, aire puro, sol, alimento. Amplitud para moverse. En el mundo, muchos se tienen que conformar con menos. Su privación de libertad es relativa, casi tan relativa como para quienes estamos fuera. Puede ganarse un jornal, y hasta sostener algunos pequeños vicios. Mantiene una cierta comunicación con sus parientes y amigos. Está abrigado de las inclemencias del tiempo... Pero aunque se hubieran subsanado los puntos espinosos que aun quedan, hay algo que hace preferir el morir de hambre y frío en la calle.

Queda la forzada abstinencia sexual, con su corolario negro de perversiones sexuales, de vicios contra natura. Queda el contagio moral. En el penal se encallece y refina el criminal, se aprende lo que no se sabe. El rufián suele poner cátedra. Y queda, sobre todo, el sufrimiento moral, las tempestades bajo los cráneos. Algo más que remordimientos, y que pesares, y que recuerdos del abandono en que quedaron los familiares, que pesar de lo perdido y que agobio por el rígido reglamento penal. Un sufrimiento, que en una desmedida proporción lleva a muchos a la locura. Acaso por la magnitud del pesar. Acaso también por el parentesco que con la locura pueda tener la delincuencia.

Como una prueba de la tolerancia del régimen penal, se muestran algunos reclusos que andan libremente extramuros del penal. Son éstos, penados de confianza, empleados en la construcción del muro y en el cuidado de la ganadería. Este detalle no deja de sorprender al visitante. Son como esos pájaros amaestrados, hechos a la jaula, a los que se les deja andar fuera de su encierro, sabiendo que han de volver a él. Esto demuestra el buen trato y consideraciones que en el penal reciben, pero también lo penoso, difícil, inseguro y hasta contraproducente de la fuga. El presidio no es sino una dependencia de la sociedad, que los castigó apartándoles de su seno. No les queda otro camino que pagar de mejor o peor gana la deuda de su condena.

UN MÉDICO RURAL

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras anunciadas en el Catálogo General, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadernadas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse título y autor de los libros, lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado o en reimpresión, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

Enviamos gratis el Catálogo general a quien lo solicite.

ENTRE REJAS

por Ramón Magre

Pronto aparecerá, editado por Editorial «Vértice», de Barcelona, este hermoso libro cuyo original hemos tenido ocasión de leer, y estamos seguros de que el público lector lo acogerá con gran simpatía, pues en él se revela su joven autor como un maestro en la narración y en el estilo impecables.


Autores y libros








RICARDO MELLA

Si alguna vez, en España, personas hondamente preocupadas de las cuestiones sociales —en sus diversos aspectos: de acción, moral, filosófico— se adentran de modo atento en los escritos de Ricardo Mella, tendrán muchedumbre de sorpresas. La obra entera de este libertario está llena de atisbos, de sugerencias, de certeros sondeos en la entraña de las cosas.

Antidogmático e independiente, Ricardo Mella estaba bien preparado para marchar, con soltura y agilidad, por gran número de caminos en los que otros libertarios—muchos—andaban rutinariamente, sin agregar ni un matiz nuevo, personal, amplio, a la obra en que, de manera voluntaria, se habían empeñado.

No es reprochable, a éstos, su incapacidad para el esfuerzo señalado. Sí su falta de dinamismo. Capaz Mella para aquel esfuerzo, dinámico, además, y de mente abierta, cuantos trabajos salieron de su pluma están henchidos de los valores que nacen de tales virtudes, valederos en toda hora. El artículo de circunstancias y el ensayo meditado, las cuartillas volanderas, de polémica o de crítica, y el escrito más reflexivo sobre algún tema de perenne interés, tienen un mismo sabor de cosa lograda. Cuando combate y cuando aconseja, cuando critica y cuando expone puntos de vista personales sobre cualquier problema, el ímpetu de su pensamiento, que no se encierra en estrechos límites, que no gusta de contentarse con una certidumbre fácil, admira.

Buena prueba de esto es el volumen *Ideario*, que, como primero de sus obras completas, editaron excelentes amigos suyos de Gijón.

Si en el ambiente libertario español hubiese mediana curiosidad intelectual, el éxito de este libro habría sido ruidoso. Como no es así, ha pasado poco menos que desapercibido. Otra cosa sería si se tratara de una idiotez. Estas tienen de antemano asegurada la buena acogida.

En realidad, Mella es, entre los que dicen

pensar como él, casi desconocido. Se le ha leído poco y se le ha comentado menos aún. No, sin duda, por desdén. Sí por falta de apetencia de saber. Bastaría que hubiese el deseo de penetrar en lo íntimo de las cuestiones, para que un libro de Mella ocasionara sinnúmero de comentarios. Tan densos son cuantos dejó escritos, tan preñados de inquietud, tan dinámicos. Denso, como todos, es este *Ideario*. Se reúnen en él, certeramente, sus trabajos más personales, más contradictorios y más llenos de sustancia. Una multitud de problemas, y de matices de problemas, son abordados por Mella en los breves escritos que forman este volumen. Y todos con novedad, en el fondo y en la forma. Se ve aquí, mejor acaso que en cualquiera de sus otras obras, que el libertarismo no tuvo nunca, en España, pluma mejor cortada. Quizá influya esto en no escasa parte a aquel desconocimiento mencionado. A veces molesta, a los comentaristas, encontrar más riqueza de ideas, en lo que han de comentar, de la que ellos poseen. Y toman el partido de callar. Salida cómoda.

Por si fuese poco el desconocimiento, también ha sufrido Mella la incompreensión de muchos de sus lectores. No por dificultad de él en expresarse, sino por cerrazón mental de quienes le leían.

En *Ideario* se reproducen algunos de sus trabajos más incomprensidos. Trabajos de valor duradero, pues que fueron hijos de pasión contra errores que iban expandiéndose, estúpidamente, entre aquellos para quienes señaladamente escribía. Fueron recibidos estos trabajos con escándalo. Señal cierta de que no eran anodinos. Quizá ahora se comprendan mejor. Si así no es, tanto peor para los incapaces de comprensión.

Las obras de Mella son recomendables para cuantos se preocupan de los problemas más agudos en que la humanidad se debate. En ellas encontrarán esfuerzos admirables por hallar una

salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside la labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y certera. Una vaga sombra de escepticismo, que atraviesa hasta las páginas más optimistas, realza en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelaría ignorancia. No entra nunca Mella en este callejón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, bien visible siempre, en la que el pensamiento pone freno a la actitud demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, Mella se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible para el pensamiento. Y la meditación, honda y encendida, hace doblemente sugeridores sus trabajos.

He dicho antes que sus mejores escritos son contradictorios. No se tenga prevención contra esta palabra. Es justa y, en este caso, significa un acabado elogio. Cuando el pensamiento de un hombre está siempre insatisfecho de sus conclusiones, por un anhelo de mayor certeza, las contradicciones surgen impetuosas, con una vida pujante y admirable. Ocultarlas sería cobardía. Dejarlas que vivan tal como nacen es prueba evidente de probidad intelectual, como asimismo de que el cerebro de donde surgen no está paralizado, antes bien en perpetuo bullir creador.

Algunas gentes mezquinas que no han perdonado a Mella su independencia, se regodearían de buen grado exponiendo minuciosamente estas contradicciones, que son infinitas, por lo que les sería hacedero hallarlas. Naturalmente, si se atrevieran, las expondrían a modo de censura. Romas de pensamiento, estas gentes juzgarían censurable lo que es merecedor de alabanza, de una alabanza excepcional y categórica. Un hombre que durante veinte años repite las mismas cosas, sin variación, sin progreso, sin vacilar un día, ya sea en la forma externa o ya en la sustancia íntima, de lo dicho anteriormente, no tiene, en realidad, ninguna significación. Dudar hoy de lo afirmado ayer, por un anhelo de mayor perfección y de mayor certeza, es, contrariamente, muy significativo. No es dable esta actitud sin contradicción. Las contra-

dicciones de Mella revelan, en el curso de su obra, el esfuerzo loable por conquistar cada día una porción más amplia de verdad. La hallara o no, es indiferente. Gozoso es llegar a la cumbre de una montaña. Para los que presencian la ascensión, el gozo consiste en el esfuerzo del que marcha hacia la altura. De este esfuerzo se desprende la enseñanza, más que de la llegada. Las personas que se creen poseedoras de la verdad y repiten la misma cantinela durante muchos años, lo cierto es que no saben, de ninguna verdad, ni lo más externo.

Mella ha trabajado con ímpetu en arrancar velos a una muchedumbre de cosas. Pero detrás del velo primero aparecía otro, y ya no le era útil la herramienta inicial para la nueva faena. Inservible, en parte, el arma usada al comenzar la tarea, hubo de echar mano a otras. Su cerebro, preparado, se las ofrecía. Por una mal entendida lógica de no contradecirse, no era cuestión de desaprovecharlas y abandonar el trabajo. Deshizo las palabras del día anterior con otras más preñadas de significado. Aparentemente, había abierto un abismo entre las razones iniciales y las sucesivas. Nada más que aparentemente. En realidad, una lógica mejor unía las unas y las otras: la lógica íntima que ata los hilos más diversos cuando todos, desde el quebradizo de un momento de entusiasmo, hasta el más fino y más fuerte, que nace de la reflexión, se originan en una atrevida búsqueda de luz para adentrarse en los problemas, no para hacer con ellos una doctrina cerrada, limitada, que quien esto persigue no se contradice, sino un campo de experimentación, amplio, abierto, sin linderos.

Manejando un lenguaje en muchas ocasiones perfecto, del que extrajo novísimas formas de expresión, Mella hubo de oponerse, como todos los hombres que ahondan hasta la entraña más recatada de las cuestiones, a la evidencia. Su desconfianza de la razón, tan nueva en las teorías libertarias, demasiado cargadas de fríos razonamientos sin vitalidad ni consistencia, ofrece el aspecto más rebosante de interés de toda su obra. Esta lucha contra la evidencia, a la que sólo llegan los cerebros que trabajan mucho, es un manantial inagotable de semillas de ideas. Todos los que se adentren en los escritos de Mella encontrarán, en este destacado matiz de ellos, diversidad de sugerencias de las

que extraer toda clase de enseñanzas, no doctrinarias, que ya entonces no enseñarían nada, antes bien capaces de fecundar poco explorados campos del pensamiento. No en España, pero ni en otros países, hay muchos escritores que, a través de la muchedumbre de contradicciones que son obligadas en el fruto de un cerebro dinámico, hayan aportado, al conjunto de los conocimientos generales, referentes a la cuestión social, tamaña suma de anticipaciones de toda índole. En aquella desconfianza de la razón, que es toda una filosofía, está la raíz más honda de esta riqueza de motivos, valederos y no efímeros, de la obra de Mella. Sin este antecedente, los saitos de su pensamiento, ayunos de base firme, se habrían perdido en el vacío. Así, iban, certeros, a expresar algo nuevo, una anticipación, es decir, algo contra la

evidencia presente. Por lo tanto, en apariencia, una sinrazón. En apariencia solamente. En realidad, se asían a lo por venir. Para decir cosas con sustancia de futuro, se ha de desconfiar de lo que en el presente se juzga razonable.

Poseedores de estas virtudes, claro es que los escritos de Mella, hasta las, al parecer, más insignificantes, tienen carácter de universalidad. No podía ser de otro modo. El acento humano que vibra en todos, así en los fáciles como en los de más empeño, los eleva a esta categoría. Además, se ve siempre en ellos, entre las flechas certeras de sus frases, el autor, que se entrega a su trabajo con pasión, que es un hombre de recio temperamento y que, hiera o acaricie, le sentimos cerca, encendido en fervorosa y pura llama cordial.

DIONYSIOS

Para una antología de temas pedagógicos

De la educación de los hijos

Aquellos que como nuestro uso tiene por hábito aplican idéntica pedagogía y procedimientos iguales a la educación de entendimientos de diversas medidas y formas, engañanse grandemente: no es de maravillar si en todo un pueblo de muchachos apenas se encuentran dos o tres que hayan podido sacar algún fruto de la educación recibida. Que el maestro no se limite a preguntar al discípulo las palabras de la lección, sino más bien el sentido y la sustancia; que se informe del provecho que ha sacado, no por la memoria del alumno, sino por su conducta. Conviene que lo aprendido por el niño lo explique éste de cien maneras diferentes y que lo acomode a otros tantos casos, para que de este modo pueda verse si recibió bien la enseñanza y la hizo suya, juzgando de sus adelantos según el método pedagógico seguido por Sócrates en los diálogos de Platón. Es signo de crudeza e indigestión el arrojar la carne tal y como se ha comido; el estómago no hizo su operación si no transforma la sustancia y la forma que se le diera para nutrirlo. Nuestra alma no se mueve

sino por extraña voluntad, y está ligada y consuetudinada, como la tenemos acostumbrada a las ideas ajenas; es sierva y cautiva bajo la autoridad de su lección: tanto se nos ha subyugado que se nos ha dejado sin libertad ni desenvoltura. *Nuncquam tutelæ suæ fiunt* (1).

Hallándome en Pisa tuve ocasión de hablar familiarmente con una persona excelente, tan partidaria de Aristóteles, que profesaba con cabal firmeza la creencia de que el toque y la regla de toda verdad e idea sólida era su conformidad con la doctrina aristotélica, y que fuera de tal doctrina todo era quimera y vacío; que Aristóteles lo había visto todo y todo lo había dicho. Por haber sido esta proposición un tanto amplia, al par que injustamente interpretada, nuestro hombre se las hubo durante largo tiempo con la inquisición de Roma.

Debe el maestro acostumbrar al discípulo a pasar por el tamiz todas las ideas que le transmite y hacer de modo que su cabeza no dé

(1) Se mantienen en tutela permanente. Séneca, *Epíst.* 33.

albergue a nada por la simple autoridad y crédito. Los principios de Aristóteles, como los de los estoicos y los de los epicúreos, no deben ser para él doctrina incontrovertible; propóngasele semejante diversidad de juicios, él escogerá si puede, y si no, permanecerá en la duda: *Che non men che saver, dubbiar m'aggrata* (1): pues si abraza, después de reflexionarlas, las ideas de Jenofonte y las de Platón, estas ideas no serán ya las de esos filósofos, serán las suyas; quien sigue a otro no sigue a nadie, nada encuentra, y hasta podría decirse que nada busca: que sepa darse razón al menos de lo que sabe. Es preciso que se impregne del espíritu de los filósofos; no basta con que aprenda los preceptos de los mismos; puede olvidar si quiere cuál fué la fuente de su enseñanza, pero a condición de sabérsela apropiarse. La verdad y la razón son patrimonio de todos, y ambas pertenecen por igual al que habló antes que al que habla después. Tanto monta decir según el parecer de Platón que según el mío, pues los dos vemos y entendemos del mismo modo. Las abejas extraen el jugo de diversas flores y luego elaboran la miel, que es producto suyo, y no tomillo ni mejorana: así las nociones tomadas a otro, las transformará y modificará para con ellas ejecutar una obra que le pertenezca, formando de este modo su saber y su discernimiento. Todo el estudio y todo el trabajo no deben ir encaminados a distinta mira que a su formación. Que sepa ocultar todo aquello de que se ha servido y exprese sólo lo que ha acertado a hacer. Los salteadores y los tramposos exhiben ostensiblemente sus fincas y las cosas que compran, y no el dinero que robaron o malamente adquirieron; tampoco veréis los honorarios secretos que recibe un empleado de la Justicia, os mostrará sólo los honores y bienandanzas que obtuvo para sí y para sus hijos: nadie entera a los demás de lo que recibe, cada cual deja ver solamente sus adquisiciones.

El fruto de nuestro trabajo debe consistir en transformar al alumno en mejor y más prudente. Decía Epicarmes que el entendimiento que ve y escucha es el que de todo aprovecha, dispone de todo, obra, domina y reina; todo lo demás no son sino cosas ciegas, sordas y sin alma.

(1) "De la propia suerte que saber, también el dudar es meritorio." Dante, *Inferno*, cant XI, v. 93.

Voluntariamente convertimos el entendimiento en cobarde y servil por no dejarle la libertad que le pertenece.

¿Quién preguntó jamás a su discípulo la opinión que formar de la retórica y la gramática, ni de tal o cual sentencia de Cicerón? Son introducidas las ideas en nuestra memoria con la fuerza de una flecha penetrante, como oráculos en que las letras y las sílabas constituyen la sustancia de la cosa. Saber de memoria, no es saber, es sólo retener lo que se ha dado en guarda a la memoria. De aquello que se conoce rectamente se dispone en todo momento sin mirar el patrón o modelo, sin volver la vista hacia el libro. ¡Pobre capacidad la que se saca únicamente de los libros! Transijo con que sirva de ornamento, nunca de fundamento, y ya Platón decía que la firmeza, la fe y la sinceridad constituyen la verdadera filosofía; las ciencias cuya misión es otra y cuyo fin es distinto, no son más que puro artificio. Quisiera yo que Paluél o Pompeyo, esos dos conocidos bailarines, nos enseñaran a hacer cabriolas con verles danzar solamente, sin que tuviéramos necesidad de movernos de nuestros asientos; así pretenden nuestros preceptores adiestrarnos el entendimiento, sin quebrantarlo; fuera lo mismo el intentar enseñarnos el manejo del caballo, el de los pies, o tocar el laúd, o cantar, sin ejercitarnos en estas faenas.

MONTAIGNE



Higiene del Matrimonio

por el Dr. F. Monlau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

Advertimos a los colaboradores espontáneos, que no se devuelven los originales, publíquense o no, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.



Cada día se multiplican más los elogios a los hombres de presa que han surgido en esta época supercapitalista que vivimos. Plumas sin sentido de responsabilidad se ensucian, más de lo que estaban, con esa mezquina tarea, y amontonan, dirigidos a tales hombres, sin el menor escrúpulo, los adjetivos encomiásticos. Cuidan, sobre todo, de llamarles trabajadores, grandes trabajadores. Les parece éste el mayor galardón, y es el más injustificado.

Estar hoy en California y mañana en Cantón y pasado mañana en Berlín o en Londres, no es trabajar. Disponer de varios automóviles, aeroplanos y vapores para trasladarse con prontitud a cualquier lugar de la tierra, no es trabajar. No dormir, no descansar, vivir en perpetuo ir y venir del Banco a la fábrica, de la fábrica a los altos hornos, de los altos hornos a las minas, de las minas a los pozos petrolíferos, de los pozos petrolíferos a los bosques, de los bosques a las granjas, no es trabajar. Trabajar es crear con las manos o con el cerebro un producto o una obra de arte, una máquina o un libro, un pan o una sinfonía.

Todavía hay quien se extraña de que Papini, el furibundo anticristiano de hace algunos años, haya escrito una *Historia de Cristo* tremante de fervor y de admiración. Tal extrañeza no es justificada. En aquel odio de antes palpítala ya este amor de ahora. Conocido es el fenómeno: se empieza odiando lo que se ha de amar frenéticamente.

No hay nada raro en la conversión de Papini. Su pensamiento, flecha zigzagueante, buscaba desde el principio este blanco. Pero no descansa en él. Sigue zigzagueando, sin perder ninguna de sus altas cualidades. Su desprecio por todo lo bajo, mezquino, burgués, continúa. Su repugnancia por la riqueza y todas las miserias que de ella se derivan, no ha disminuído, antes bien, se ha tornado más implacable y encendida. En este particular, hay páginas en *Historia de Cristo* dignas de figurar al lado de las primeras entre las primeras.

Por cierto que en la traducción castellana se han puesto, especialmente a estas páginas,

unas notas vulgares, oponiendo a la pasión del autor un cristianismo de bajo vuelo, un cristianismo burgués, bienhallado con el dinero y con otras cosas de igual jaez.

Haber considerado a Papini, o considerarle, de otro modo que como un sembrador de inquietudes, fué y será un error. Este es su terreno. En él, tan interesante fué ayer como es hoy. Las propias aguas mansas en que ahora ha arrojado su piedra, se han alborotado para largo tiempo.

Del autor de *Cemento*, la obra cumbre de la Rusia actual, se ha dicho repetidamente que es un discípulo de Gorki. El mismo lo confiesa así. No tiene nada de particular esta confesión, hija del entusiasmo y la preferencia juvenil. Es absurdo que la suscriban, como hecho indiscutible, los críticos de todas partes.

No hay, en *Cemento*, ni una sola página en la que pueda encontrarse influencia alguna del autor de *Los ex hombres*. La manera es otra, el estilo es otro, otro el sentido de la vida.

Precisamente que no haya sido Gorki el que intentara ofrecer al mundo una obra que fuese reflejo de lo sucedido en Rusia, será una de las causas de que, en lo sucesivo, se le juzgue severamente. Por sus antecedentes, por su historia, por sus preferencias, era el indicado para labor de tal naturaleza. Nada de exigirle una obra maestra. No basta la voluntad para crear obras maestras. Sí el esfuerzo, el intento cuando menos, aunque se malograra. Malogrado y todo, sería su presente. Sin duda alguna, no podría hacer nada comparable a *Cemento*, libro de empuje arrollador. Pero estaba obligado a intentar más que los pocos artículos y narraciones sin mayor trascendencia que ha ofrecido, y que son toda su contribución, excesivamente parca, al esclarecimiento de un hecho tan excepcional como el acaecido en su país.

En una cárcel provinciana—me refiere un amigo—presenció la confesión de un gitano. Después de toda clase de averiguaciones de otra índole, el cura le preguntó:

—¿Por qué estás aquí?

—Por robar.

—¿Y qué harás cuando salgas?

—Robar otra vez.

La mayoría de los infelices que van a la cárcel por robar, robarán otra vez cuando salgan. Es inevitable. El conflicto no surge nada más que la primera vez. Vencida la vacilación, el camino es recto. Cuando conduce a la cárcel, no es una sorpresa. Se cuenta ya con esta probabilidad.

Casi todos, si de niños hubiesen ido a la escuela y de adolescentes hubieran hallado fácilmente trabajo, no habrían seguido esa ruta. Emprendida, ya no hallan ninguna otra. Si se admite la necesidad de las cárceles, ¿por qué no están en ellas, compartiendo la responsabilidad del robo, los culpables de que los niños no tengan escuelas donde ir ni los adolescentes lugares en donde hallar trabajo?

Salvo rarísimas excepciones, cuando la vacilación es vencida y el hombre se lanza a apoderarse de un objeto, es el hambre u otra necesidad imperiosa la que le empuja. Sorprendido, la cárcel le abre las puertas. Paga en ella la deuda que se dice ha contraído con la sociedad. Una vez pagada, queda libre. Pero de nuevo se halla sin un céntimo y sin trabajo. Robará otra vez. Volverá a pagar la deuda. Volverá a robar. ¿Cómo se puede romper esta cadena? Dado el primer paso, que es el único penoso, los eslabones se suceden con perfecta naturalidad.

Ahora hay en Inglaterra dos millones de hambrientos. Supóngase que un día la necesidad les empujara a robar. El Estado tendría que construir a toda prisa cárceles para encerrarlos, si no las tiene. Cuando salieran de ellas, como serían lanzados de nuevo al hambre y a la desesperación, robar les sería ya menos trabajoso, sobre todo, no hallando, por más que se esforzaran, ninguna otra solución. Y otra vez a la cárcel. Y otra vez a robar, cuando salieran.

La respuesta del gitano lleva en sí esta pregunta: ¿Para qué sirven las cárceles? Difícilmente se dará a ella una contestación satisfactoria. Si se dice que no todos los presos son como esos ladrones, fácil es comprobar que en cualquier sitio donde se reúnan tantos hombres como en una cárcel—un cine, un teatro, un concierto, un banquete—el número de indignos

no es menor. Si se afirma que también se encierran en sus calabozos grandes criminales, sabido es que no es este precisamente el lugar adecuado para ellos. La cárcel no es un sanatorio, y todo gran criminal es un perturbado, que de lo primero que tiene necesidad es de un médico. La equivocación del tratamiento no puede ser más funesta. Esos perturbados se agravan en su dolencia y, por regla general, cometen al salir mayores crímenes que los precedentes, lo que hace valedera aquella frase célebre que dice que la cárcel es una escuela de delincuencia. El robar otra vez pierde significación cuando se piensa en el matar otra vez de los perturbados, cadena más trágica.

Se habla mucho ahora de una literatura proletaria. ¡Cuidado! Amenaza el peligro de una repugnante mixtificación. La literatura grande no es una literatura de clase. En esto es comparable con la ciencia. No hay ciencia aristocrática, ni ciencia burguesa, ni ciencia proletaria. Algunos productos inferiores que han podido llamarse literatura aristocrática o burguesa están llamados a perecer. Carecen de vitalidad. Igual destino estaría reservado a una literatura proletaria. Destino merecido. La literatura tiene por misión desafiar al tiempo, vencerlo. Una literatura de clase renuncia a esa lucha, se declara vencida antes de nacer.

El proletariado acoge con alborozo todas las novedades. Hambriento de que se le haga justicia, cree que ellas persiguen este fin. Aquí está el peligro; en este campo es en el que la mixtificación plantará sus tiendas. Todos los incapaces de obras de largo alcance se refugiarán en ellas, asegurando que renuncian de buen grado a muchas cosas. Indudablemente, no saldrá de aquí ningún Dostoievski. Y todos los Dostoievskis fracasados pulularán en el círculo reducido, estrecho y sin horizontes. Con más justicia que cuando fué proferida, se les podrá aplicar la respuesta que dió Arcesilao al que le censuraba porque muchos pasaban de su escuela a la de Epicuro y ninguno de la de Epicuro a la suya. "La razón es clara—dijo—: de los gallos salen bastantes capones, pero entre los capones no puede salir ningún gallo."


IDEACIONES
BIOGEOGRAFÍA


Que el hombre, en busca de su comodidad o al impulso de su vanidad, trastorna muchas veces todos los reinos de la Naturaleza, es cosa sabida.

Un curioso estudio de Manuel de Martonne, en colaboración con Augusto Chevalier y L. Cuénot, especialistas, nos proporciona una considerable síntesis biogeográfica.

Literalmente, *biogeografía* significa *geografía de la vida*, o estudio de la repartición de los seres vivientes en la superficie del globo y causas que rigen esta repartición.

Al establecer las leyes esenciales de la biogeografía (perpetua evolución de las especies, multiplicación y extensión de toda especie animal o vegetal), hallan los autores una vida social de las plantas, como de los animales, que contribuye a la fisonomía de las regiones geográficas.

Pero sólo hallan un equilibrio estable en las partes del globo inhabitadas: desiertos, altas montañas, regiones polares, pequeñas islas inocupadas, bosques ecuatoriales vírgenes, etcétera. Allí donde habita el hombre, las asociaciones presentan un estado de transformación continua. Se produce, bajo la acción del hombre, una ruptura de equilibrio en la solidaridad de las especies vegetales o animales.

Cita Martonne consecuencias curiosísimas. Por ejemplo, las fieras limitan actualmente la extensión de los herbívoros en las regiones tropicales. La destrucción del tigre, en la India, sería funesta a los cultivos devastados por los ciervos y los jabalíes. En California hubo que tomar medidas enérgicas contra ratas y conejos, a consecuencia del exterminio de los lobos. Introducidos los conejos en Australia como recurso alimenticio, destruyeron las cosechas. Se recurrió a los gatos para combatirlos, y los gatos echáronse sobre las aves marinas, destruyendo sus huevos, muy buscados. Se apeló a los perros contra los gatos, y los perros persiguieron a las focas...

¿Y el hombre? Díganos nosotros que el hombre destruye a las fieras porque le estorban o le proporcionan beneficio con sus pieles; a los conejos para distraerse y comérselos; a las ratas porque lo roen todo; y si aprovecha los gatos es porque éstos persiguen a los ratones, y si ama los perros es para dedicarlos a la caza, que es, en suma, un exterminio como cualquier otro.

En cuanto a los vegetales, hay asociaciones de plantas acuáticas y de plantas terrestres. Las asociaciones acuáticas son destruidas por el hombre para aprovecharse de las vías fluviales. Ejemplo, la destrucción del *sedd*, que formaba una barrera en el Alto Nilo. Las asociaciones terrestres desaparecen con la explotación de los bosques. El Atila humano es devastador. Su antojo, su conveniencia o su ganancia le impelen a arrollarlo todo.

Sí, el gran destructor o trastornador de la Naturaleza no atiende más que a lo suyo. Nada respeta, nada le es sagrado. Por su influencia se modifican las condiciones naturales nacidas del medio físico y el medio viviente, en casi todas las regiones del globo.

¿Tildaremos al hombre? Sí y no. Trastornador de la Naturaleza, a veces la embellece o dignifica, la enriquece o la mejora. Interesadamente, sí. Pero también admirablemente. ¿Por qué no ha de devorar él otras especies, si esas especies se devoran unas a otras? Por este lado no habría censura posible. El hombre extermina a lo exterminador. Mas asalta una consideración que horripila. Se devoran unas especies a otras, pero no entre sí. El animal carnívoros destruye al herbívoro; el gato extermina a las ratas; el perro ahuyenta a los gatos, etc. Sólo el hombre extermina al hombre. Sólo el hombre patentiza la frase del autor de *La leyenda de los siglos*, que reza: "En la soledad existe la fiera, pero en la ciudad existe el monstruo."

No sólo extermina el hombre a su semejante, sino que se extermina también a sí mismo. Ni

llega a poner de acuerdo su prédica con sus obras, ni alcanza a armonizar su potencia mental con su potencia física. Carece casi de instinto de conservación. Es temerario, es descuidado, es pródigo, es contradictorio. Pretende ser de todo, hacer de todo. Llega a volar como las aves, sumergirse como los peces, arrastrarse como los reptiles...

Admirable y abominable. Conquista el hombre todos los medios: la atmósfera, las aguas, los dominios subterráneos, y no acierta a vivir en su propio medio. Es ya axiomático que no muere: se mata, destruye o acorta su vida... Tocante a sociabilidad, la mantiene superficialmente. Si hay una vida social en las plantas y una vida social de los animales, no hay propiamente una vida social de los hombres, toda ficción y lucha, disparidad y encono. Si en la

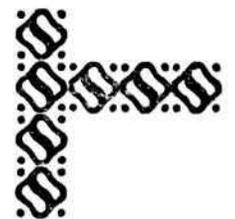
vida social de las especies halla la biogeografía que toda especie vegetal o animal, multiplicándose, tiende a ocupar un área cada vez más extensa, vemos en la especie humana todo lo contrario. Y ahí está la demografía, que no nos dejará mentir...

¡Ah!, bien dice Martonne que la *solidaridad estable* sólo se encuentra en los desiertos, en las grandes altitudes, en las regiones polares, en las pequeñas islas inhabitadas y en las selvas vírgenes. Lo dice refiriéndose a las especies animales y vegetales. Tocante al hombre, no nos parece que fomenten esa estable solidaridad las grandes aglomeraciones urbanas, donde no se hallará de hecho una perfecta asociación, una maravilla biogeográfica.

SEBASTIÁN GOMILA



UN VISIONARIO



Aquel hombre parecía insensible, y en cambio no oía más que la voz del sentimiento. Sólo albergaba bien decir y mejor obrar, anonadando a los que se empeñaban en verlo violento.

Era un estoico. En estos tiempos en que se desatan las más insensatas pasiones por los motivos más fútiles, él, ante problemas de la más alta transcendencia, sonreía. Era un hombre incomparable. Si algún día arrugaba su extensa frente, era para ensimismarse, para mejor oír la voz interior, de la que era eco a través de los hombres y de sus prejuicios.

Excusamos decir que era rebelde. Recto, amigo de la exactitud, propagador de una justicia y moral nuevas, aparecía como un hombre extravagante, al que solían mirar con asombro todos.

Al principio, cuando comenzó a precisar sus ideas, quienes le *comprendían* eran los que necesitaban su favor, y esto mientras el favor duraba.

—Quien hace bien — decía, previendo el futuro de la falsa amistad—, y no cuenta con

el desagradecimiento, hace bien a medias.

Por este modo de practicar el altruismo, vió su heredad ida, ida con sus mejores amigos o con los que él tenía por mejores. Ya pobre, se unió a los pobres, comenzando a frecuentar los lugares donde los pobres exteriorizaban sus penurias y donde vibran las protestas contra la desigualdad social, forjándose lentivos para el sufrimiento y trocándose la desesperación en esperanza...

Allí conoció un idealismo, atrayente por lo humano, que imprimió en su espíritu delicado impulsos nuevos de inusitada magnificencia. Allí surgió el visionario; sus compañeros le abrieron paso, y seguían en sus conceptos, sus gestos, rictus de apóstol iluminado.

La senda, empero, pronto se hizo tortuosa; se oponen al paso en la senda ideal falanges formidables, estúpidas e inconscientes.

En una ocasión, el visionario se vió señalado por miles de brazos que querían perderle; él sonreía; sabía que todos obedecían a la influencia exterior, como autómatas, y pensaba:

—Son pobres gentes. ¡Ni el espíritu les per-

tenecer... La garra de los tiempos viejos les tiene postergados.

Con su sonrisa desafiaba a todos. Su alma también sonreía. Había ayudado a huír a un rebelde perseguido, por erigirse brazo de la justicia popular.

Y sufrió, estoico, el castigo de su amigo; hizo lo que nadie haría por él. Su posición en las cosas se perdía a la vista de los que le miraban, porque estaban acostumbrados a ver a distancias irrisorias; como murciélagos noctívagos, caminaban sobre un círculo ridículo que se imponían, e inconscientes tendían a empuqueñecer.

Desde aquella cumbre, su silueta y sus movimientos se hacían extraños, tanto como sus palabras, que invitaban al pueblo a redimirse.

Llegó a conocer una amiga. Era un despojo que cifró su regeneración. Hasta que la influencia de aquel hombre superior contuvo su bestialidad sensual, todo marchó bien. El visionario llegó a creer que aquella mujer era capaz de redimirse, y la amó con vehemencia. Pero un día en que salió en cruento éxodo, ella volvió a ser una ramera despreciable.

Al volver el deportado, comprendió, en las risotadas del vulgo, lo que había ocurrido, y siguió caminando, indemne.

Con ocasión de suicidarse la ramera, avergonzada de su acción, el visionario, desde la cumbre en que solía invitar al pueblo a ser digno, dijo:

—¿Qué puede la mofa vuestra y el sarcasmo de los lenguaraces ante la resignación del que teniendo a su lado tan sólo la sombra de un amor, hace lo posible para conservarla? ¡Nada! ¿Qué puede la risotada vuestra ante el sentimiento de dignificación, ante la justicia de la moralidad que no mata al que mata, sino que le conduce a parajes de una elevación suprema, donde halla el agobiado reflejo del hecho, el espectro doliente que engendró el delito? Igualmente nada. ¿Por qué atentar contra la existencia de un ser que no nos pertenece? Ha errado el camino; eso es todo. Podrá resurgir su conciencia con iniciativas de mejoramiento, o sentirse incapaz ésta de elevar su cerebro, negativo al bien, que es la meta del humanismo. Esto, antagónico a la materia, pertenece al mundo invisible y poderoso que engendra las gestas y arregla los yerros. Nada, pues, pueden vuestros

ojos, hinchados de tragedia, con fingir pésame. Debéis celebrar lo sucedido; yo la amaría nuevamente, pues su gesto la ha dignificado de su pasado. El alma habla. El alma habló en ella...

Y aquella silueta fué, una vez más, seguida por los parias volubles, con un gesto de perfecta incomprensión...

LEÓN SUTIL



INICIATIVA

Amigos: Nos proponemos crear dos "Hogares Libres Internacionales", uno hacia el Mar del Norte para verano y otro en las costas mediterráneas para el invierno.

¿Es ello posible? Creemos que sí.

Se podría encontrar una familia en el Norte y otra en el Sur que estuviesen dispuestas a ayudar a solucionar este asunto, que, dicho sea de paso, es fácilmente soluble con buena voluntad.

Existen muchos individuos, jóvenes o viejos, que desearían poder vivir, trabajando, durante algún tiempo en otro país y clima; hay también personas que podrían y quisieran pagar por tales estancias en simples, pero libres, circunstancias.

Crear las posibilidades para la realización de tales deseos, será laborar en favor de la comprensión internacional y de la paz. Por esta causa, creemos que vale la pena de interesarse en este asunto.

¿Qué hacer? En primer lugar, las personas a quienes interese la realización de esta iniciativa, tengan la bondad de escribir sobre esto a la dirección indicada abajo. Pasado algún tiempo, les será remitida una circular detallando las bases y nuevas proposiciones a todos los interesados.

¡Pensad que así trabajaremos positiva y activamente en la realización de la paz mundial! ¡Pensad que podemos crear un centro de reposo y salud para nuestros compañeros enfermos y sanos! ¡Tomad en consideración esta iniciativa y mandad vuestra adhesión a: "Mondolinguo Labor Ido Cirklo por Ekonomiala Problemí", Oberstr, 129, Saint Gallen, Suiza.

Correspondencia en español, francés, alemán, inglés, italiano, ruso e ido.

Lingüística, Imaginación y biología

Hombre y Hembra

A la memoria del maestro Cejador.

A don Julio Cejador se le llamó, hace años, el Nansen de los estudios lingüísticos en Europa. Es preciso reconocer que fué un indagador excepcional: él hizo verdaderas exploraciones de leyenda, que nos han logrado acercar a la orilla de ese pozo sin fondo, que es la cuna tenebrosa de la Humanidad. Sus hallazgos han puesto de relieve la llamada geometría del sonido oral. Y aunque los fonemas primitivos han desaparecido en su mayoría, queda en las palabras habladas de las lenguas vivas la expresión condensada de una lejana reminiscencia de la onomatopeya original. En la palabra *matriz*, por ejemplo, entran seis elementos fonéticos (*m-a-t-r-i-x*), en los que se nos figura percibir una vital resonancia, una a modo de preciosa síntesis—desde luego muy estilizada—del proceso dolorido de la maternidad. Así: la *m* expresaría la compresión o roce del feto sobre las paredes uterinas; la *a* evoca la amplitud del claustro materno; la *t* señalaría el choque del feto al tropezar con el hocico de tenca; la *r* acusaría el movimiento con desgarradura; la *i* sería el índice acústico de la marcha angosta por el conducto vaginal, y, finalmente, la *x* indicaría, en su silbido apagado, un eco vago del llanto del recién nacido.

Inspirados en las ideas del maestro Cejador, vamos a desarrollar este artículo, que ofrecemos en pleito homenaje a su talento extravagante y a su laboriosidad extraordinaria.

Lingüística.—*Hombre y hembra*: he aquí dos vocablos que se prestan a un curioso estudio lingüístico del que se derivan sugerencias poéticas y en el que se advierten verdades que la Biología confirma.

Sin salir del campo de la léxicogenesia—pues otros aspectos nos harían desbordar las lindes de un artículo periodístico—, limitándonos sólo a una breve observación morfológica,

a lo que podríamos llamar la anatomía de los vocablos, notamos en las palabras *hombre* y *hembra*—como en todas las palabras, por otra parte—un grupo literal *inseparable*, bloque de letras indestructible, porque en él se encierra la Idea general de la significación, y otros elementos literales *separables*, o sea: la raíz y los *aglutinantes*, algo así como el tronco y los miembros de un organismo viviente superior. Pues bien: *hombre* y *hembra* tienen el mismo tronco o raíz—*mbr*—, lo que nos habla de su común origen. Si, en un instante, analizamos los tres elementos literales de ese grupo radical, en su aspecto fonético puro, se descubre el hecho de comprimir blandamente, expresado por la *m* y la *b*, y el fenómeno del movimiento, de la vida, privativo de la *r*.

Los elementos morfológicos *separables*, o miembros de las mismas voces que venimos estudiando, son sonidos orales puros (vocales): *o*, inicial de hombre; *a*, final de hembra, y *e*, final de hombre e inicial de hembra, más el elemento *h*, que aparece en ambas voces sólo como expresión gráfica, que acusa en estas palabras una *supervivencia atávica*, equivalente a la atrofia regresiva en los organismos vivos.

La expresión analógica de estas voces sería:

h - o - mbr - e

h - e - mbr - a

Y del análisis morfológico de las mismas, anotamos:

- 1.º La *identidad* de la raíz o tronco de ambas palabras;
- 2.º La *diferencia* de las vocales inicial y final de uno y otro vocablo;
- 3.º El *elemento común* "separable" *e*, final del uno e inicial del otro;
- 4.º El *elemento áfono*, común también y separable, expresión de atrofia regresiva.

En suma: que *hombre* y *hembra* tienen un

tronco común, y que el hombre termina donde empieza la hembra.

Imaginación. — La imaginación advierte en seguida la sabiduría que rige la estructura feliz de estos vocablos: en su raíz (*mbr*), la *m* nos habla del *mamífero* (de *mamma*, que en tártaro significa *tierra*); la *b* — que fonéticamente equivale a *p* suavizada — nos habla del *beso*, esto es, del amor, pero amor ascendente (por el asta de la *b*), amor alado, humano: *beso*, *embarazo*, *alumbramiento*; de lo contrario sería sólo *peso*, amor faunal, plúmbeo, aplastado: *apareo*, *preñez*, *parto*... La *r* expresa el dinamismo del acercamiento mutuo para la realización de los fines de la vida procreativa.

Responde, pues, profundamente la raíz de esas palabras a su expresión biológica cabal: *hombre* y *hembra* son mamíferos, unidos por el amor en el movimiento vital del Cosmos. En el fondo son *uno y lo mismo*.

Veamos ahora lo que nos dicen los elementos *separables* de ambos términos. Ellos van a ser los encargados de establecer la diferenciación formal con un sentido perfecto de equilibrio biológico: la *o* es la *virilidad*, esto es, el hombre; así como la *a* simboliza la *fecundidad*, o sea, la hembra; la partícula unitiva (copulativa) *e*, común a ambas voces, compenetra los elementos diferenciales (*o*, *a*) para formar con ellos el vínculo indisoluble.

Este criterio viene a refrendarlo el elemento figurativo *h*, que, por metátesis sin duda, ocupa hoy un lugar que de hecho no le pertenece, ya que la *h* es una supervivencia atávica (no se olvide que estamos en el campo de la imaginación) y su verdadero emplazamiento, a nuestro ver, sería este:

en hombre, así: *joh!-mbre*
y en hembra, así: *embr-jah!*

En efecto: *joh!*, expresión de lo admirativo, que estaría constantemente en boca de la hembra primitiva, estupefacta, a la vista del hombre bravo de la selva que le ofrecía el botín de sus triunfos rudos contra la realidad ambiente, para compartirlo con ella, y, compartiéndolo, complementarse.

jAh!, la expresión placentera, explayada, amplia, que lanzaría el cavernícola en plena posesión de la hembra codiciada.

Y el proceso, cronificado, de esta dramática fusión de la pareja humana primigenia, éste:

joh - mbr - e - mbr - ah!

Biología. — Esta *interpretación imaginativa* que acabamos de hacer sobre la morfología de las voces *hombre* y *hembra* coincide con las más recientes adquisiciones de la Biología. Nadie duda ya que la pareja humana arranca de un plasma común. "Hoy — escribe Marañón — sabemos que casi nadie es hombre en absoluto, ni mujer en absoluto; es evidente que todo ser es en sus principios bisexuado." Y Madrazo nos decía, en sus sabias conferencias del Ateneo de Madrid: "Los sexos no fueron labor de un solo golpe de troquel: fuimos ambisexuales, y de ello conservamos claros vestigios. En el *vetu montanum* de nuestra próstata van los indicios de lo que en tiempos fué matriz y ovario. Los llamados órganos de Rossemuller, que flotan en el ligamento ancho femenino, no son más que los residuos seminales del macho." Y hace unos años, el *British Medical Journal* nos informaba de que el doctor Leonardo Williams, de Londres, había encontrado "dos elementos sexuales en todo niño"; de estas interesantes investigaciones hicimos ya en 1922 un comentario en la revista *Eugenia*, de Barcelona.

Según nuestro punto de vista actual, lingüístico, la diferenciación sexual ha consistido en que al separarse realmente los sexos del tronco de origen, uno se llevó como patrimonio hereditario la *o* (*virilidad*) — que al encontrarla el sexo opuesto, se convirtió en la *joh!* de asombro —, y el otro se llevó la *a* (*feminidad*) — que al ser asida por el contrario, se transformó en la *jah!* explayada de la satisfacción —. Perdido luego el valor emocional primigenio, la metátesis trastrocó el puesto de la *h*, dejándola al principio de cada uno de ambos términos, como figura decorativa solamente: el *quiquí* de las niñas, remedo de las plumas del salvaje.

LUIS HUERTA

IMPORTANTE

Tenemos a disposición de nuestros lectores un extenso catálogo conteniendo más de 2.000 títulos de obras de todas clases, el cual enviaremos gratis a quien lo solicite.

Rogamos nos remitan sello de 25 céntimos para los gastos de envío.

Radiaciones

Juventud espiritual

Renovarse es vivir.

Gabriel D'Annunzio.

Hay quien siendo joven de años, es físicamente viejo. Y al contrario, hay ancianos con resistencias vitales propias de los jóvenes. La palabra juventud, en el orden material, es, pues, relativa. Pero, en cualquier caso, no es esta la verdadera juventud.

La juventud hay que basarla, no en la musculatura, sino en el corazón; no en la armadura ósea, sino en el cerebro; no en los glóbulos rojos, sino en las radiaciones anímicas. O sea: la juventud efectiva no es la material, sino la espiritual.

Es cosa de preguntar a los seres que nos encontramos en el deambular de la vida, en lugar de "¿cuántos años tienes?", ¿cuántas ideas tienes, cuántos sueños alimentas, cuántos anhelos encierras...?"

Porque ese es el verdadero padrón del hombre, su edad auténtica. Se es joven cuando se tienen ideas jóvenes, y se es viejo cuando se tienen ideas viejas o no se tiene idea alguna.

"Para mí, juventud es sólo eso: originalidad auténtica: es decir, fundamental y no formal y, además, rebelión contra los obstáculos que entorpecen el progreso humano: ignorancia, egoísmo, vanidad de lo material, fascismo. Y vejez, lo contrario: servidumbre a lo establecido, adaptación, incapacidad de indignación por las cosas que no nos afectan directamente." Eso dice Gregorio Marañón, un hombre dos veces joven, en lo físico y en lo espiritual.

Eso es ser joven: tener el espíritu abierto a todas las corrientes espirituales renovadoras. "Renovarse es vivir." Y renovarse quiere decir dar con frecuencia un barrido en el desván del cerebro y echar lo que se va haciendo inútil por caduco; renovarse significa tener constantemente abierta de par en par una ventana al infinito, estudiar, analizar, asimilar...

Ser joven es, además, tener espíritu combativo. Huír del quietismo. Ser molécula activa e

inteligente en la perenne transformación social del mundo.

Porque no basta ser, aun en este sentido, joven titular, al margen de la lucha positiva, lejos del laboratorio de las ideas. No basta llamarse joven; hay que serlo.

Danzan por ahí ciertas vanguardias literarias, que no lo son sino de nombre. Ya Unamuno atisbó años ha algo de esto: "La juventud es entre los literatos, por lo menos en España, una profesión. Dicen "nosotros los jóvenes", como podrían decir "nosotros los abogados, o los sastres" ("Contra esto y aquello").

Seamos siempre jóvenes. Ostentemos como la mejor cédula acreditativa de nuestra edad espiritual, la rosa roja de nuestro corazón, pronto a vibrar ante cualquier injusticia social, presto a cantar todas las marselesas aureales...

LEONARDO BABEL

**ESTUDIOS**

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números) 6'50
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

Incluido el número Almanaque de 1.º de año.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.
Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjase al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).



Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos

Nuestro estimado amigo y colaborador Luis Huerta hacía en el número anterior algunas objeciones a las teorías del doctor Marañón, particularmente las que este insigne médico ha expuesto últimamente, referentes a la intersexualidad. Ello ha despertado en los lectores de ESTUDIOS el justo deseo de conocer las últimas manifestaciones hechas sobre este problema, alrededor del cual gira hoy la atención del mundo científico, y gustosos las insertamos a continuación, lo que haremos en dos números consecutivos, dada su extensión. Nos parece, sin embargo, de gran trascendencia e interés el trabajo del doctor Marañón, y no dudamos que el lector atento ha de sacar de su lectura provechosas enseñanzas.

Cuando, hasta hace poco, decíamos de un ser humano "es un hombre", o "es una mujer", creíamos expresar todo lo que de su sexo podía decirse. El sexo era, no sólo para el vulgo, sino para los hombres de ciencia, un valor cualitativo, diferenciado y absoluto en cada una de sus dos mitades, opuestas e inconfundibles: lo femenino y lo masculino. Los trabajos recientes de los embriólogos, fisiólogos y médicos han probado el error fundamental de este concepto de la sexualidad humana. Hoy sabemos que la gonada o glándula sexual es un órgano indiferenciado, con aptitud bisexual, potencialmente hermafroditico, hasta una época relativamente avanzada del desarrollo del embrión. La inclinación hacia lo masculino (testículo) o hacia lo femenino (ovario) se manifiesta cuando el nuevo ser lleva ya varias semanas de vida. Sólo entonces la gonada diferenciada imprime al cuerpo, hasta ese punto asexual, los caracteres del varón o los de la hembra. Pero esta diferenciación de la gonada en uno u otro sentido sexual y esta diferenciación paralela de la morfología y de la fisiología hacia la femineidad o la masculinidad, no se verifican de una manera absoluta. No es que un sexo se desarrolle y el otro desaparezca. Lo que ocurre es que uno se hipertrofia y el otro se atrofia. Pero persisten ambos, mezclados según dosis distintas; y no en proporción inmutable, sino variable en el curso de la vida ulterior; es decir, con la posibilidad de que el sexo principal se debilite y de

que, en cambio, el secundario se acreciente bajo la acción de determinadas influencias fisiológicas o patológicas.

Cada ser humano tiene, pues, un tanto de cada sexo, y un tanto diferente en las distintas etapas de su evolución. Decir, en suma, refiriéndose al sexo, "hombre" o "mujer", es algo tan vago como decir, refiriéndose a la raza, "blanco", "negro" o "amarillo", o como decir "joven" o "viejo", refiriéndose a la edad. Dentro del grupo blanco hay innúmeros matices étnicos, de cuyos matices puede depender la individualidad más que del mismo concepto general de "blanco". Lo mismo ocurre con las grandes fases cronológicas de la vida. Y lo mismo, por fin, con los sexos, formados por dos grupos de valores llenos de gradaciones, por dos escalas divergentes que confluyen en una zona común, de separación arbitraria y difícil.

Acaso un día se pueda determinar por procedimientos bioquímicos, que hoy empiezan a estudiarse, el tanto por ciento de cada sexualidad que a cada individuo corresponde; y expresar, por lo tanto, el sexo, no en la forma empírica de ahora, sino según una fórmula matemática. Por el momento tenemos que contentarnos con una aproximación de esta fórmula, obtenida mediante el estudio detallado de los llamados *caracteres sexuales*, esto es, de los signos morfológicos y funcionales que corresponden a cada una de las dos sexualida-

des. En el cuadro adjunto resumimos los principales de esos caracteres.

Ahora bien; si aplicamos esta pauta al examen de un número grande de hombres y mujeres, nos encontraremos con estos dos hechos fundamentales:

1.º Casi ningún ser humano presenta los signos sexuales en toda su pureza. No hay apenas hombres con sus rasgos viriles completos, ni apenas mujeres con los rasgos íntegros de la feminidad. Sino que, hombres y mujeres, presentan una mezcla de ambos grupos; mezcla que en ciertos monstruos—en los hermafroditas—es equivalente: 50 por 100 de hombre y 50 por 100 de mujer; y a partir de ellos se extiende una serie sucesiva de combinaciones en las que va predominando un sexo, el legítimo, y diluyéndose el otro, el espúreo, hasta llegar a los hombres y mujeres de apariencia social normal. Pero aun en ellos, la observación minuciosa descubrirá, casi sin excepción, la huella del "otro sexo", que perdura en un grupo de rasgos, morfológicos (la distribución del vello y del cabello, el desarrollo de la laringe, las proporciones del esqueleto, etc.) o funcionales (libido, conducta social, carácter, sensibilidad, voz, etc.).

2.º Tal vez el observador cuidadoso descubra seres de feminidad o de virilidad intactas, arquetípicas; pero esto sólo ocurrirá en la meseta de la vida, en el período de la madurez. Pero si el observador se sitúa en los cabos tormentosos en que la vida sexual empieza o termina—en la adolescencia y pubertad, o en el climaterio y la vejez—, entonces la confusión sexual es un hecho sin excepción. Es decir, que hasta los varones y las hembras de más pura sexualidad en los años maduros, presentaron o presentarán, al atravesar las edades críticas, fenómenos más o menos netos de indecisión sexual, ya en sus caracteres morfológicos, ya en su conducta funcional, ya en ambas a la vez.

* * *

Desde Goldschmidt, un buen número de hombres de ciencia designan con el nombre de *estados intersexuales* a estas formas orgánicas de indiferenciación de los caracteres del sexo, de coexistencia de los que corresponden a cada sexualidad. Con arreglo a los datos anteriores, podríamos dividir las *intersexualidades* en dos

grandes grupos: las *permanentes*, esto es, las que subsisten de un modo constante, desde el nacimiento hasta la muerte, incluso en los años de máximo progreso de la diferenciación sexual, en la madurez; y las *transitorias*, que son aquellas que tan sólo se hacen sensibles al observador en trances episódicos de la existencia.

Las *formas permanentes de la intersexualidad* han sido muy bien estudiadas por los naturalistas, teratólogos y endocrinólogos, si bien no han sido sistematizadas con arreglo a las pautas y descubrimientos recientes (1). Las principales son: el *hermafroditismo*; los *pseudohermafroditismos masculino y femenino*; la *criptorquidia*; el *hipospadias*; la *ginecomastia*; los diversos tipos de la *virilización* (transformación de la mujer en hombre) o de la *feminización* (transformación del hombre en mujer), que unas veces adquieren caracteres escandalosos y otras se mantienen en límites tan discretos, que son incluso compatibles con normas habituales de la belleza étnica; las *homosexualidades*; y, por fin, las *inversiones de la psicología, de la afectividad, de la conducta social*, que son, en la mayoría de los casos, compatibles con esquemas sociales de normalidad absoluta, y aun, a veces, observables en hombres y mujeres del más alto valor social.

Las *formas transitorias de la intersexualidad* son mucho menos conocidas. A este sector pertenecen, por ejemplo, las *intersexualidades gravídicas*, esto es, la apariencia viriloide que adquieren algunas mujeres, normalmente muy femeninas, cuando están embarazadas: su rostro se hace enérgico, su voz se torna más baja, su cuerpo se cubre de vello, etc.; y es posible que la caída del cabello, tan común durante la gestación y tan mal explicada, no sea mas que un rasgo de esta tendencia inversiva, ya que la caducidad de la cabellera y la calvicie son fenómenos netamente masculinos. Hay ciertas formas de homosexualidad episódica — por

(1) Véanse los libros de Goldschmidt (*Mechanismus und Physiologie der Geschlechtsbestimmung*, Berlín, 1920), Lipschütz (*Las secreciones internas de las glándulas sexuales*. Edición especial. Madrid, 1928), Bauer (*Innere Sekretion*, Berlín, 1927) y el nuestro, de inmediata aparición, *Los estados intersexuales en la especie humana*, en el que serán largamente tratados muchos puntos que en esta exposición quedan, necesariamente, incompletos.

ejemplo: la de ciertos hombres mientras están borrachos o intoxicados por la cocaína, o cuando conviven con hombres, sin mujeres fáciles a la disposición de su instinto — que pueden también considerarse como variedades de *intersexualidad transitoria*. Pero las formas más interesantes de esta anomalía son las que he llamado *críticas*, esto es, *aquellas que aparecen tan sólo en el comienzo y en el fin de la evolución del sexo, respetando la fase madura, que transcurre perfectamente encarrilada en la normalidad*.

En los últimos años he estudiado con interés profundo estas *intersexualidades críticas*; porque ellas nos dan la clave de innumerables fenómenos de la conducta psicosexual, y porque nos permiten entrever la esencia de la *evolución sexual*, sin la cual todas las interpretaciones sobre la vida del instinto reproductor quedan medio en el aire. *Lo actual* en los fenómenos sexuales es siempre una parte restringida de la verdad; ésta sólo se completa desde un punto de vista *cronológico, evolutivo*. Todos mis estudios recientes sobre la cuestión están presididos por esta idea, que creo trascendente.

* * *

Cuando nosotros aplicamos el estudio sistemático de los caracteres sexuales a los seres humanos que atraviesan las dos edades críticas —pubertad y climaterio— nos vemos sorprendidos por estos dos hechos fundamentales:

1.º Si — como ya he dicho — apenas hay hombre o mujer maduros con sexualidad íntegra, esta proporción se diluye todavía más en los dos momentos de que tratamos; no hay, prácticamente, sino muy raros varones o muy raras mujeres cuyo sexo no se empañe en el trance difícil de su orto o de su ocaso. En suma: las *intersexualidades críticas* constituyen una ley casi general, a la que sólo escapan pocos seres humanos.

2.º El hombre y la mujer se comportan de un modo totalmente distinto en cada una de las dos edades llamadas críticas. En la pubertad, el hombre, casi sin excepción, pasa por un momento de duda sexual manifiesta, de auténtica *intersexualidad feminoide*. En la mujer, el fenómeno paralelo, esto es, la inversión viriloide, es excepcional. En cambio, en el climaterio, los casos ocurren según un esquema estrictamente

opuesto: casi todas las mujeres, en tal trance, adquieren una *intersexualidad viriloide*, neta o esbozada. En el hombre, por el contrario, la feminización climaterica no se observa jamás. Esta profunda y significativa diferencia es el eje de los puntos de vista que quiero desarrollar. Luego volveré sobre ella. Ahora es preciso describir, de un modo somero, las *intersexualidades críticas*, que, en virtud de lo dicho, se agrupan en dos grandes sectores: *la intersexualidad feminoide de los hombres púberes y la intersexualidad viriloide de las mujeres climatericas*.

Las *intersexualidades* del primer grupo se presentan, casi siempre, bajo la forma del peculiar estado adípósico, que un gran número de muchachos exhiben en esta edad, ya como continuación de formas anteriores de obesidad infantil, ya como fenómeno nuevo. Cada lector puede recordar, seguramente, gran número de ejemplos de estos niños decididamente gordos, o que, sin serlo todavía, ofrecen una morfología empastada, suave, que contrasta con la línea angular y movida de los demás niños de su edad. La apariencia feminoide o eunucoide de tales ejemplares es evidente; pero no suele suscitar, a pesar de ello, la preocupación de los padres ni de los médicos; considerándose, por el contrario, como una forma correcta del cambio puberal, y aun como ejemplos de robustez. Grave error, porque estos niños son los que dan el contingente más copioso de las futuras anomalías sexuales; y desde el punto de vista de la salud general, son particularmente frágiles y propensos a adquirir diversas infecciones, y a defenderse trabajosamente contra ellas.

La grasa muchas veces es discreta; pero se caracteriza siempre por su especial disposición, independientemente de su cantidad. Se acumula, en efecto, en los mismos sitios elegidos por la grasa femenina: en el vientre, en torno de las caderas, en la mitad superior de las piernas, en la región retromamaria. La piel satinada y limpia y la escasez del vello corporal y facial, acentúan la imagen de mujer. Y esta semejanza se hace sorprendente si, como sucede en muchos casos, los órganos mismos de la generación, retrasados en su desarrollo morfológico y topográfico, dejan a la región sexual en una vacilante indecisión, a veces casi hermafro-

dítica. El fondo linfático de estos organismos y su metabolismo lento, que hemos estudiado particularmente, recuerdan también a la sexualidad femenina. Y asimismo la voz, que suele ser característica: abaritonada en los registros centrales y en los agudos del tipo de la de contralto; o bien decididamente de tenor. Una buena parte de los divos famosos, de este registro, han pasado por esta fase de intersexualidad feminoide; y no es raro que conserven, durante toda su vida, la morfología adipósica, eunucoide que estoy describiendo.

Psicológicamente se trata, por lo común, de adolescentes tranquilos, de buen humor, inteligentes, muy lectores, con aptitud especial para ciertos estudios, como las matemáticas y la música; poltrones, ineptos y sin afición para la actividad deportiva. Y en cuanto a las modalidades de su instinto, lo característico es el retraso y la levedad con que se inician en ellos los fenómenos de la libido viril. La preocupación sexual es tardía. Se interesan poco por los temas equívocos que suelen apasionar en esta edad, en la que cada hombre se cree un Colón del otro sexo: revelaciones sobre la vida sexual, lectura de libros eróticos, acecho investigador de la mujer, etc. No hay, pues, como pudiera pensarse a la ligera, una tendencia inversiva del instinto, paralela a la inversión morfológica, sino una libido indiferente, sin dirección específica, muy parecida, por lo tanto, a la libido de tendencia polimórfica, propia del niño y de la mujer en todas las primeras etapas de su evolución sexual. Esta actitud coloca al adolescente en un estado de indefensión específica contra las sugerencias perversas que, precisamente, encuentran en la morfología muelle, androginoide, que he descrito, un particular punto de atracción. Sugestiones unas veces directamente homosexuales, y otras de tipo heterosexual, es decir, procedentes de mujeres —mujeres y no niñas—, pero que conducen, por distinta vía, a un fin parecido. Porque la reacción inmediata de la libido embrionaria de estos muchachos, indiferenciada, sobrecojida y fracasada ante tales seducciones, es la retracción; y su reflejo erótico se condiciona para siempre bajo los auspicios de la timidez, convirtiéndose al hombre futuro o en un tímido auténtico o en un homosexual que, como Adler

ha señalado, es una forma de reacción compensadora de la timidez.

El hecho es que en las fases del títubeo puberal se engendran la mayor parte de las anomalías ulteriores de la conducta psico-sexual, y por ello requieren una atención que no es frecuente que se les conceda. Porque es interesante anotar que la morfología equívoca se desvanece con los años en una gran proporción de estos adolescentes; y, sin embargo, el instinto persiste deformado, dando lugar a esos casos tan frecuentes, y que algunos encuentran inexplicables, de coincidencia de una torcedura erótica con una anatomía sexualmente normal. Incluso hay casos en los que, después de los años de intersexualidad feminoide, parece que la naturaleza redobla la energía viril contenida, y el adolescente equívoco se convierte en un hipervarón de estructura enérgica, vello profuso, prematura calvicie, voz de bajo, etc. Mas no por ello evoluciona hacia la normalidad el instinto, definitivamente troquelado en la actitud tímida u homosexual. Otras veces, la morfología feminoide de la pubertad se cambia en morfología eunucoide: hace ya muchos años que señalé el hecho de que la mayoría de los hombres de altura excesiva y proporciones displásicas, desmesuradas, fueron en su adolescencia adipósicos y afeminados. La conducta psicosexual conserva, como en los hipervarones antes mencionados, su deformación original. Y esto nos explica el gran contingente que los hombres de talla gigantesca o eunucoide dan a los tímidos, a los homosexuales y también a los donjuanes. (Recuérdese el caso de Casanova, cuya evolución morfológica y sexual corresponde exactamente a la que acabo de decir.)

La ginecomastia, o auge de los vestigios mamarios del varón, es también frecuente en esta crisis puberal. Mucho más frecuente de lo que se cree, porque suele pasar inadvertida entre el acúmulo adipósico, que es peculiar en estos adolescentes. Otras veces, la feminidad se reduce a otros detalles de más difícil observación, como la distribución del vello del tronco y miembros, la implantación del cabello en la frente y en la nuca, la anchura excesiva de la pelvis, etc. El hecho es que casi ningún niño deja de mostrar, explícitas o solapadas, manifestaciones externas de la fase de feminidad

puberal, que es, sin duda, universal y casi obligatoria del sexo masculino.

* * *

El fenómeno paralelo en el sexo femenino—esto es, la tendencia a la virilización—no ocurre jamás o sólo de un modo muy excepcional. Ya empíricamente es fácil comprobar que cuando, por ejemplo, en una playa se ven muchos niños con trajes parecidos, la confusión de sexos, por parte de un observador superficial, se hace siempre en el sentido de tomar a niños por niñas, y raramente en el de confundir a niñas con varones. Hay, sin embargo, en algunas mujeres adolescentes, una tendencia dinámica impetuosa que en ciertas épocas de la historia—ahora, por ejemplo—se exagera y acerca a la muchacha al esquema viril. Pero se trata entonces, casi siempre, de modos externos de la actuación social, favorecidos por detalles del tocado y de la indumentaria y por el contagio de gestos y actitudes—a los que las mujeres, como los niños, son tan sensibles—; mas no de inversiones profundas y de sentido fisiológico, como las que acabo de considerar en el varón.

Los retrasos en la evolución de las glándulas sexuales de la mujer son, sin duda, tanto o más frecuentes en esta edad que los retrasos paralelos del hombre, que sirven de punto de partida a la forma de la intersexualidad femeninoide del adolescente. *Pero la insuficiente femineidad, por sí sola, no equivale a transformación viril; equivale, simplemente, a persistencia de la adolescencia;* por ello, estas muchachas retrasadas no parecen hombres, sino niñas, que es, en cierto modo, como decir—morfológica y psíquicamente—hipermujeres. *En el hombre joven, en cambio, el simple retraso sexual equivale a una feminización auténtica;* porque lo que está detrás del hombre no es niñez, sino femineidad.

* * *

Así ocurren las cosas en el trance de los años puberales. En el trance opuesto, en el climaterio, encontraremos el fenómeno inverso. La mujer tiende a transformarse, de modo tímido o escandaloso, en varón; el hombre, no sólo no se transforma en mujer, sino que acrecienta y supera su propia virilidad.

La intersexualidad viriloide de la mujer climatérica es lo suficientemente conocida para que baste el recordarla. Hay mujeres que en esta edad sufren una transformación morfológica hacia el varón, casi completa. Son casos de excepción. Lo corriente es que la virilización se reduzca a un grupo de caracteres sexuales, quizá a uno sólo: la corpulencia matronil—arquetipo estético de acento viriloide—, la voz abaritonada, y, sobre todo, el brote de vello de sentido masculino, cuya frecuencia es tal, que puede decirse que no falta nunca; aunque las artes cosméticas, tan adelantadas en este punto, den al observador de buena fe la apariencia contraria. Precisamente el ahinco con que la mujer lucha, desde que la humanidad existe, contra el vello ectópico, es uno de los argumentos decisivos a favor del sentido rigurosamente sexual del vello, que tiene, en cada sexo, una topografía definida, cuya transgresión es obstinadamente rechazada por el instinto normal. La mujer barbuda que no se preocupa de este vello terminal, y lo deja crecer sin disimulo, demuestra ya, por este solo hecho, una actitud psicológica francamente desprendida de femineidad e impregnada de naturalidad varonil.

Pero aun más netamente que en lo morfológico, se aprecia la virilización climatérica de la mujer en su conducta psicosocial y en su actitud erótica; es decir, en el comportamiento de los caracteres sexuales funcionales, expuestos en el cuadro que acompaña a este artículo. Desde el primer punto de vista, lo típico de la mujer climatérica es la tendencia a la actuación social fuera del hogar. Son los años en que se inicia o se acentúa la inclinación y la aptitud por las actividades políticas, filantrópicas, artísticas, etc. En mujeres geniales—y, por tanto, excepcionales—, esta aptitud puede existir desde la adolescencia. Y, precisamente, la excepcionalidad en estos casos no es otra cosa que la aparición prematura de la fase viril, que en las mujeres normales es una fase terminal. Pero en la mujer de contextura psicológica media, la *fase pública* es siempre tardía. La lectura de las biografías o de las propias Memorias de casi todas las mujeres cuya existencia ha ofrecido un interés extrafamiliar, da la impresión precisa de que su vida ha empezado después de los cuarenta años, y que hasta entonces han per-

manecido sumidas en la penumbra de una adolescencia prolongada y confusa, dentro de un arcano familiar, cuyo misterio se rompe en estos años, súbitamente, como la cáscara de un huevo, para dar de nuevo a luz a la misma mujer, imbuída de una nueva personalidad.

Es cierto que en este fenómeno influyen circunstancias de valor secundario y accidental, como la liberación del cuidado de la prole, cuya dispersión del hogar paterno coincide, aproximadamente, con estos años. Pero la verdadera causa es mucho más profunda: es el alumbramiento de la fase de virilidad terminal, que sirve de eje a toda la fenomenología, normal y patológica, de la crisis climatérica.

Siguiendo este esquema, parece que la conducta erótica de la mujer, al arribar a estos años de la transformación, debiera ser una tendencia inversiva del instinto, una dirección homosexual de la libido. Pero en la realidad no sólo no ocurre esto, sino que la homosexualidad tardía es tan excepcional, que puede considerarse como negativa. Los casos de mujeres climatéricas que adoptan esta actitud erótica, son siempre casos originariamente homosexuales, que, con ocasión del trastorno involutivo, ponen de manifiesto tendencias hasta entonces refrenadas. Precisamente, uno de los efectos típicos de la honda crisis neurohumoral que sirve de base patogénica al ocaso del sexo, es este de servir de exquisito *revelador* de anomalías hasta entonces soterradas. La casi totalidad de los trastornos y enfermedades que se discuten como de naturaleza climatérica, son estados preexistentes que aprovechan la confusión crítica para romper su cárcel de latencia y perturbar la aparente normalidad. Y, desde luego, las disposiciones enfermizas de la psicología y de los instintos, son las más finamente reveladas, puesto que su soporte neurohumoral es el sector del organismo más directamente afectado por la conmoción involutiva.

En condiciones normales, la inversión erótica no acompaña, por lo tanto, a la inversión morfológica. Por el contrario, *lo típico de la libido climatérica es el auge de su tendencia normal*, la intensificación de su dinámica fisiológica, esto es, en la dirección masculina. Los "amores crepusculares" de la mujer madura o decadente son bien conocidos, y han servido de base a innumerables historias, comedias y no-

velas, aun antes de que la divulgación de los conocimientos sobre la psicoanálisis abriese a los hombres de letras esa caja de Pandora de complicaciones del espíritu, que nutren de argumentos a la literatura actual.

Ahora bien; a primera vista, parece que este hecho de la intensificación de la libido fisiológica, que a veces llega a ser una auténtica erotomanía, contradice el esquema de la virilización climatérica. Pero no es así. Antes bien, constituye un fenómeno perfectamente acorde, por paradójico que parezca, con los signos explicados de inversión morfológica y psicosocial. Pero este delicado aspecto de nuestro tema requiere una explicación más detallada.

El recrudescimiento tardío de la vida amorosa de la mujer tiene dos soportes: uno psicológico y otro orgánico. El psicológico, que ha sido muchas veces comentado por pensadores y literatos, se reduce, en suma, a *la actitud, profundamente humana, de apurar la fruición de las cosas que están en inminencia de pasar*. En nuestras viejas sociedades, los prejuicios contra el sexo han deformado la libido femenina, como el uso secular de los zapatos estrechos en la mujer meridional ha reducido a una pequeñez inverosímil su pie. Muchas veces he pensado que mientras la mujer de nuestras razas tenga unos pies tan bonitos, no servirá para otra cosa que para adorno de los harenes. El símbolo más representativo de la mujer moderna, no es el cabello o el vestido de esta o de la otra manera, sino el pie vasto y útil, capaz de hollar el planeta y dominarlo a la par del hombre, sin aguardar, como antes, a que el conquistador se lo ofrezca a los pies del trono de su feminidad, mezcla extraña de esclavitud y señorío. De la misma suerte, la acción de los siglos ha convertido la libido de la mujer en un objeto de placer y de lujo, acentuando inverosímilmente su pasividad. Sólo cuando la libido está en el trance de morir, es cuando la mujer de Occidente se da cuenta de su tesoro inédito, y se lanza apresuradamente a esas aventuras de última hora, por un mar lleno de sirtes de engaños y de ridículos. El sentido de estos amores tardíos tiene la voluptuosidad forzada, imbuída de nostalgia prematura, de las orgías de los viejos guerreros, que vemos en los viejos grabados, cuando antes de partir para la guerra—la muerte—se reúnen en una bacanal tu-

multuosa. Tal vez uno de los invitados es ya un esqueleto vestido de húsar. La voluptuosidad insaciable de los tuberculosos, en los años románticos—en los de Margarita Gautier—, cuando se creía que esta enfermedad era una sentencia inexorable, quiere decir lo mismo. Pero acaso nada recuerda la actitud psicológica de la mujer otoñal, como esos tristes y afanosos viajeros de nuestro país, que, al comenzar el invierno, se convierten en turistas, pasada ya la sazón de viajar, por la sola razón de que les sobran kilométricos, que unas semanas después no servirán para nada. En el fondo, todo el placer humano se sustenta sobre la angustia de su propia fugacidad. Digamos, como Sócrates, que Esopo hubiera hallado en este contraste acerbo el argumento de su mejor fábula. Lo cierto es que un hombre que lograra de improviso la inmortalidad orgánica, perdería, en el instante mismo, su aptitud esencial para el goce de la vida y probablemente no tardaría en suicidarse. Sólo se quiere lo que puede morir. Las

mismas cosas que los hombres juzgamos dotadas de inmortalidad histórica, se admiran o se temen, pero no se aman. Hasta Dios tuvo que morir para que los seres humanos pusieran, junto al respeto temeroso y admirativo de Jehová, el sentimiento de ternura entrañable que suscita Jesús por lo que tiene de perecedero y terrenal. El fin del sexo es una muerte verdadera, que ocurre dentro de nosotros mismos, en plena madurez orgánica, alumbrada por una conciencia perfecta de la catástrofe, y, por ello, infinitamente dolorosa e infinitamente amable. En el hombre, esta muerte parcial es más tardía y más lenta que en la mujer. En ella tiene, casi siempre, la brusquedad teatral de un desenlace de tragedia. Y trata de compensarla, cuando ya corre el último acto, con la fruición atropellada del que paladea los últimos restos del manjar.

DR. GREGORIO MARAÑÓN

(Continuará.)

LA GITANERÍA

I

Andrés Lorulot tiene escrito un folleto titulado *Les nomades*, en el cual hace abierta y claramente la apología de esa gente que en España llamamos gitanos, y que en Francia son más comúnmente denominados *romanichets*, casta al parecer oriunda de las tierras de Egipto, y que hoy se hallan dispersos casi por todo el mundo, cual los hijos maldecidos de la Judea.

Naturalmente que Lorulot, al demostrar sus simpatías hacia los gitanos y sus costumbres, como hombre culto que es y amante de los progresos humanos, no ha querido dar a entender que en ellos veía y comprendía la *Idealidad*, hacia la que él y tantos revolucionarios aspiran, y por la que constantemente trabajan con inusitada insistencia; pero sí que ha pretendido el dejar reconocido que la espiritualidad y el carácter que son particulares de esa gente,

o sea su nomadismo y su inadaptación a las formas y reglas de la vida social contemporánea, sus estados de convivencia y medios de existencia, son mucho más aceptables y superiores que todo lo ordinariamente característico y establecido en nuestra sociedad, con sus costumbres, sus leyes, sus instituciones, sus comercios, y otras varias manifestaciones de la vida activa y social en que nosotros mismos nos hallamos.

El apologista en cuestión lo que admira, en principio, de esas tribus exóticas, que de ordinario acampan en los arrabales de las grandes ciudades, o que se instalan en moradas ruinosas, desalojadas ante el peligro que significan para los que las habitaren, es ese acendrado amor que tienen a su libertad y a su independencia; esa actitud de constante intransigencia y de insumisión a todas las prescripciones gubernamentales, municipales, religiosas y convencionales de cualquier género, que sean o no bene-

ficiosas para la prosperidad, el orden, la salubridad de los seres que constituyen un pueblo.

Admira esa ingénita índole de personalidad; ese individualismo hereditario, ya común a sus antiquísimos ancestrales, que antes de ceder a las hábitos que no son peculiares a su raza; de acatar las normas de una existencia que ninguno de los suyos lleva; antes de declararse vencidos por la moral y por las leyes de los pueblos que han entrado en el orden de los progresos mecánicos y de las apasionadas luchas políticas, prefieren acarrear una vida mísera e intranquila; siempre errantes e indigentes; vida irregular; vida de agobios y de rudas penalidades; vida de mezquindad y de estulticia, pero, al fin, *¡libre!*

Verdadero y grande contraste es el que se manifiesta entre estas dos especies de mundo; estas dos clases antagónicas entre sí; estas dos formas de vida, culminante, avasalladora y abigarrada de efectos; la una con sus refinamientos, sus degradaciones y sus estremecedoras agitaciones, y la otra, aguerrida a sus arcaísmos, sus rústicas tradiciones, y en un eterno peregrinaje a través del orbe, en un interminable éxodo, sin techo, patria ni autoridad reconocidos.

Pero si a un lado, por causa de las desigualdades y de la incuria o malversidad de quienes detentan poderes y riquezas, existen problemas de orden meramente éticos, de cuya solventación razonable depende la estabilidad de un bienestar general de valiosidad indiscutible; al otro, la ignorancia, la inconsciencia y la inmoralidad predominantes, hacen que la vida adquiera, además de su mayor misérrimo aspecto, la rusticidad y el primitivismo que los seres evolucionados y en contacto con todos los descubrimientos de la ciencia y la filosofía, no pueden considerarlos sino como absurdos y extemporáneos, conservadores de la bestialidad y de las esclavitudes del fanatismo.

Así, en efecto, casi todo el mundo sabe, por poco instruido que se esté sobre algunos de los panoramas humanos que se dibujan en los barrios más plebeyos de las ciudades, que los gitanos son mesnadas de gentes extrañas, y distinguidas por sus vestimentas extravagantes, su presencia chulesca y el habla, con un deje muy particular, que, de por sí solo, ya sirve

para denotar su gran diferencia con el resto de los habitantes de un cierto lugar.

Igualmente se sabe que son vagabundos inveterados, irreconciliables escépticos de todas las preocupaciones y circunstancias de la vida ciudadana, jugadores empedernidos, mendigos cuando son jóvenes o si mujeres, y ladrones sin conciencia cuando mayores; con apariencia de arrojados y valerosos, como corresponde ser a todos los fanfarrones, pero realmente cobardes y tímidos; intérpretes de la más indignante pobreza, llenos siempre de suciedad y de roña, y víctimas de una degradación que los hace ser estúpidos, repulsivos, y sólo útiles para el fraude y las más vergonzosas bajezas. Tales son los gitanos.

Bien es verdad que en todo esto existen excepciones, aunque escasísimas; bohemios, especialmente húngaros, que, aun cuando también comparten esa vida de *eternos insumisos*, de altaneros irregulares y de infinitos peregrinajes, consigo llevan riquezas y disfrutan placeres *que muchísimos ciudadanos cooperadores del progreso y de todas las actividades que acreditan el grado de civismo y de prosperidad en un pueblo*, nunca han tenido ni tendrán quizás a su alcance y disposición.

Otros hay que son probos, modestos y hasta laboriosos, cualidad que les permite el granjamiento de algunas simpatías y el goce de una vida no tan ruínosa como la que llevan sus hermanos de raza. Hay que son titiriteros habilidosos, músicos ambulantes, y artesanos en algunas profesiones sencillas, en consecuencia de lo cual pueden siempre recoger beneficios pecuniarios, que, sin apartarse de la bohemia y de la independencia, les permiten el saboreo de algunas comodidades, y el codearse sin reparos con los ciudadanos en establecimientos, espectáculos y fiestas populares.

Mas estas raras excepciones, los propios gitanos las consideran insoportables y hasta deshonorosas, porque requieren una conformidad de espíritu que se aparta mucho del que les es natural a ellos.

Dejar de vivir en su libertad y en su miseria; dejar de ser nómada y pordiosero, flamenco y descarado, para acomodarse a un método cualquiera que les asegure una cierta posición de vida más próspera y ordenada, que los haga menos rústicos y más instruidos, es cosa que

generalmente se opone a sus instintos y a su razón; para ellos es quitar alegría a la vida misma, emoción al espíritu y libertad a la persona; como si la actividad del trabajo, la acción social en las diversas formas de agrupamiento que nos son interesantes, y el desarrollo vibrante de nuestras aficiones y gustos, no llevaran en sí encarnado un intenso placer para el individuo intérprete, y un efecto dignificador que sin él poco puede valer el vivir en libertad. Podrá considerarse como hombre esclavo al artista que dedica sus mayores esfuerzos a la perfección de sus gestaciones; asimismo al hombre de ciencia inclinado continuamente sobre los libros y maquinando en su cerebro ecuaciones, fórmulas e hipótesis, para descubrir, en el ocaso de su existencia, una simple ley de la Naturaleza; o también a quienes hacen de su vida un apostolado para defender las causas de Justicia y de Verdad; pero ¿cómo poder apreciar mezquina la vida de esos hombres inquietos y atrevidos, sin goce y sin encanto, cuando es a las ansiedades de su emotivo espíritu que obedecen y se entregan por entero, a despecho de las mil y una fascinaciones que les rodean?

Yo conocí en mi tierra natal una familia de gitanos que se habían desviado de las normas de los de su estirpe, es decir, que se habían adaptado en parte a las costumbres de los trabajadores proletarios, y que por tal hecho hubieron de enajenarse un odio irascible por parte de los suyos que continuaban acampados en las orillas del Ebro, dedicados durante el día al trato de bestias, que con tanta maña saben hacer todos, y a construir y vender algunos canastillos de mimbre, mientras que por las noches efectuaban sus asaltos a los huertos en que había frutas y a los corrales en donde pernoctaban en algún número aves gallináceas.

He visto también entre los gitanos míseros y libertinos, y los húngaros laboriosos, que con sus animales domésticos, su herramientaje y sus típicas como curiosas tartanas tiradas por lustrosos corceles, venían a instalarse cerca de los primeros, engendrarse enconadas envidias por parte de éstos, que no pocas veces daban lugar a robos, contiendas y riñas colectivas, a las que tenía que poner fin la autoridad de la guardia civil, que los apresaba sin distinción, o los expulsaba hasta el extrarradio de la urbe, dispersándolos en diferentes direcciones.

El solo hecho, pues, de ver alguno de los suyos que se apartaba de la situación y de los modales en que ellos se encuentran abyectos; de esa indigencia extremísima, que hace que sólo pueden ir cubiertos con harapos, alimentarse de inmundicias y sustancias putrefactas halladas al azar en el arroyo y los estercoleros; cobijarse en solares repugnantes, o bajo las arcadas de los viaductos; ser como un pendón de escarnio y el ludibrio de toda la chiquillería de las poblaciones, les es en absoluto inadmisibile.

Podría citar ejemplos de gitanos que por diferentes causas y medios han llegado a acomodarse totalmente a una vida moderna; de gitanas que, siendo objeto de admiración de algún caprichoso enriquecido, han encontrado acceso para llegar a ser artistas de bajo relieve, meretrices o simples esposas, y que se han merecido una antipatía a veces mortal por parte de esas familias errabundas de mendigos y holgazanes. Pero esto son cosas innecesarias de demostrar, porque son lo suficiente comprensibles y visibles para quienes no pasa totalmente desapercibido el paso de las bandadas de gitanos por allí donde reside.

He dicho que estas gentes eran inmorales, no para dar a entender que cumplen conscientemente con una nueva moral, en oposición con la actualmente inculcada y legalizada en nuestra sociedad, sino para declarar que desconocen toda noción de reglas de conducta y bases de convivencia. Entre ellos, ni se respetan ni se solidarizan; hundidos en su baja promiscuidad, se hurtan los efectos más insignificantes; los más fuertes y viciosos atropellan y corrompen a los más débiles; la más fútil discrepancia les sirve de pretexto para dar lugar a una disputa sangrienta, con probabilidades de degenerar en batalla campal.

He dicho también que no eran hombres libres, y debo afirmar que inclusive son enemigos de quienes conciben y saben vivir la libertad. Lo atestiguan sus brutalidades, sus depravaciones, su gregarismo y su conciencia esencialmente supersticiosa.

Son entes esclavos de los más ridículos prejuicios, de la gandulería y de la desfachatez. Como toda víctima de la ignorancia, mercenarios desaprensivos y candidatos al crimen.

Generalmente, no pueden ser considerados

sino como una clase de parásitos, tan nocivos para los intereses sociales como todos cuantos viven de la explotación y las profesiones denigrantes, no ya en virtud de su espíritu nómada y amor a la independencia, sino como seres faltos de escrúpulos y de dignidad; exentos de sentimientos nobles y reacios inconscientes a todas las formas de progreso.

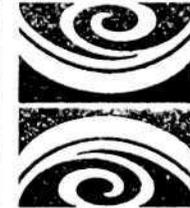
Para quienes van guiados por una aspiración

humanizadora y laboran por un ideal de armonía social, donde haya equidad y libertad para todos, son desdichados ignaros merecedores de una atención educativa especial, y que de ningún modo pueden ser situados en superioridad moral ante los hombres adaptados a la vida moderna, siempre que éstos no hayan perdido su susceptibilidad de evolución hacia el dicho Ideal.

SAKUNTALA



EL AMANE CER



Como un hombre en la espesura cuando quiere salir a los claros del bosque se abre camino entre el ramaje, quien anhele alcanzar la libertad de la vida debe abrir dentro de su ser una senda entre la oscura maleza de las cosas que no son esenciales, que no tienen valor por sí mismas y cuya importancia es secundaria. Muchos hay en el mundo que tienen voluntad de sacrificar sus vidas y sus ideales, pero pocos hay que comprendan, y esto es de mayor valor que la renunciación, porque de la plenitud de la comprensión viene la realización de la vida.

La vida que palpita en cada uno de nosotros es, en sí misma, divina, y la obtención de la libertad, que es felicidad, viene del completo desenvolvimiento de esa vida. Mientras ésta sea mantenida en esclavitud, hay peligro de lucha, y os encontraréis atados a la rueda de nacimiento y muerte, de dolor y sufrimiento, de mal y de bien. La vida en su plenitud no puede ser condicionada por creencias o religiones, por credos o dogmas, y como la mayoría quiere atar la vida a estas cosas, por ello hay miseria y sufrimiento.

Se han establecido en el mundo leyes de moralidad que nada tienen que ver con la vida. Sirven de soporte a los débiles, pero se rompen cuando se ejerce sobre ellas la menor presión. El caos, el sufrimiento y la miseria vienen porque cada uno trata de moldear su vida conforme a preestablecidos cánones de moralidad, creencias o religiones. Tal vez digáis: "Usted puede producir mayor miseria y sufrimiento

libertando la vida repentinamente"; y os contesto: "Lo que habréis de hacer, si sois inteligentes y no hipócritas, es mirar en torno vuestro para saber si no está la vida sofocada y oprimida en esta época." Por esto es preciso que haya un desorden verdadero, un divino desorden necesario para producir un orden divino. Este orden divino puede ser producido solamente libertando la vida, no esclavizándola, no obedeciendo los dictados de otro, ni colocándose bajo el yugo de la tradición y de la autoridad. Cuando libertáis esa vida que es divina, y la realizáis, os convertís en Dios. Y cuando digo Dios, no quiero dar a entender el de la tradición, sino el que está en cada uno, y ese Dios solamente puede ser realizado por la plenitud de la vida. En otras palabras: no hay más Dios que el que se manifiesta en el hombre purificado y perfeccionado.

Al atribuir a externa autoridad la ley y el orden divinos, limitáis y sofocáis esa misma vida que deseáis satisfacer y a la que ansáis dar libertad. Si hay limitación, hay esclavitud, y por ello, sufrimiento. Conforme a mi punto de vista, las creencias, religiones, dogmas y sistemas nada tienen que ver con la vida y, por consiguiente, nada tienen que ver con la Verdad. En llenar la vida con la experiencia, hay liberación. La liberación no es una cualidad o condición negativa, sino, por el contrario, si realmente se entiende, es el poder creador en todos existente. Es la más completa expresión de ese poder creador que es la gloria de la vida. Usaremos un símil: Si vais a un templo con las

manos vacías, no seréis agradables a los dioses, pero si lleváis flores y grandes deseos, grandes ambiciones y grandes anhelos, seréis muy bien recibidos. Para obtener esta plenitud de la vida, habréis de llegar cargados con deseos y anhelos satisfechos y no sofocados ni reprimidos.

Hace muchos siglos que el hombre ha moldeado su vida conforme a las creencias establecidas, y por eso no ha sido capaz de satisfacer su vida. Me preguntaréis: «¿Cómo puedo yo llenar mi vida? ¿Qué debo hacer para darle libertad?» Yo sé la forma para mi propia obtención, pero si yo fuera a deciros qué es lo que debéis hacer, pondría yo mismo una limitación a la Verdad. El establecer un método definitivo para esa obtención sería calificar y negar esa misma cosa que yo sostengo que es la Verdad, y en tal caso, la traicionaría yo mismo.

En manera alguna quiero imponer autoridad ni destruir vuestro propio poder de pensar o de sentir cuando digo que he encontrado y obtenido esta Verdad, que he obtenido la liberación y que, por ello, soy yo mismo la felicidad. De la misma manera que la flor da su esencia sin pedir nada por ella, así quiero que toméis lo que yo os doy con entendimiento. Nada quiero en pago; no quiero vuestra adoración, ni que me sigáis. Si me seguís, corromperéis la Verdad.

La forma de mi adquisición ha sido ésta: He adorado en todos los santuarios, consciente o inconscientemente, en esta vida; he seguido, he obedecido, he puesto una limitación a la misma cosa que quería libertar. Y he observado a los demás en este esfuerzo de libertarse, de realizar la vida. He visto a las multitudes luchando para libertar la vida oprimida por el deseo de otro. He visto sabios que, sin embargo, carecen de la felicidad eterna. He visto a los que están solos y aislados, aunque estén rodeados por las multitudes, porque no han realizado ni obtenido esa vida. He observado estas cosas todas. Y así como a un río es el caudal de sus aguas el que lo impele hacia los mares, así he sido yo llevado por el volumen de mi propia experiencia, por mi propia comprensión, y por eso he llegado a obtener la plenitud.

Quiero libertar a todo el mundo, pero no invitándolos a mi jaula particular. No tengo yo jaula ninguna. Quiero libertarlos precisamente porque soy libre, porque no estoy condicionado por creencias ni retenido por ninguna sociedad,

orden, religión o credo. Y os digo esto con toda sinceridad y espero que tal lo creáis con la comprensión de vuestro propio corazón. Mucho me temo que a causa de que todos están anhelando entrar en una jaula mayor que la propia utilicen lo que digo para fabricarse con ello una nueva. Tal cosa sería la negación, la traición a la Verdad. Quiero, si puedo, mostraros la luz, pero habréis de encender vuestra antorcha en la eterna llama. Una vez que hayáis establecido la comprensión y el afecto dentro de vosotros mismos, no seréis ya arrojados por el viento de la autoridad, o cogidos en la red de la tradición o en la nube de las creencias.

El engaño viene al corazón y la corrupción a la mente cuando repetís frases que no comprendéis, cuando camináis sobre la experiencia otro, cuando os albergáis bajo el cobijo de la autoridad. El engaño y la corrupción no os van a servir de nada cuando en realidad estéis agobiados por el dolor y deseéis romper su esclavitud. Si la Verdad no es real para vosotros, por mucho que estéis deseando ayudaros a vosotros mismos y ayudar al mundo—lo que es igual—, no llegaréis a tener éxito: tan solamente os estaréis engañando y engañando a los demás. Para ayudar de verdad, debéis estar más allá de la necesidad de ayuda; debéis ser, en realidad, dadores, no receptores; para amar en verdad, habréis de estar fuera de la corrupción del amor.

Estáis inciertos sobre vuestros propósitos, y esa incertidumbre crea turbación y descontento dentro de vosotros; pero cuando percibáis con claridad vuestra meta, de vuestra misma incertidumbre nacerá una gran certeza, y de vuestro descontento surgirá una gran comprensión. Si no habéis encendido vuestra antorcha en la eterna llama de la verdad, las viejas y poderosas tradiciones y creencias, la magnífica estructura de las religiones os mantendrán en esclavitud.

Si no habéis encendido en vosotros mismos la llama del deseo de ser libres, no podréis crear con grandeza: estaréis solamente jugando en las sombras de lo manifestado. Y de la misma manera que las sombras se desvanecen, se desvanecerán vuestras obras.

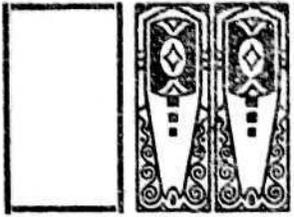
Sobre la superficie del globo las sombras se hacen densas, y la purificación y la plenitud de la vida retroceden más y más hacia el fondo.

En el mundo está naciendo un nuevo concepto de la vida, concepto que debéis tratar de comprender, porque hay algo mucho más maravilloso, más atractivo, más hermoso en el

amanecer de mañana que en el crepúsculo de hoy.

J. KRISHNAMURTI

(De *Estrella*.)



Si viviera usted en el año 2123...

(Continuación)

En 1951, Dupont y Schwarn obtuvieron el primer ectogénico niño. Ya en 1902, Hesse había transferido embriones de una coneja a otra, y Haldane, en 1925, había los desarrollado y conservado durante diez días, pero no logró terminar el proceso; y hasta 1940 no se consiguió por Clark llevarlo a cabo con el cerdo, empleando como medio la solución de Kehelmann. Dupont y Schwarz obtuvieron un ovario fresco de una mujer que fué víctima de un accidente de aviación, y lo conservaron vivo por espacio de cinco años. Obtuvieron de él varios huevos, y los fertilizaron con éxito; mas el problema de la nutrición y conservación del embrión, fué más difícil, y no lo resolvieron hasta el cuarto año. Ahora que ya conocemos la técnica, podemos tomar el ovario de una mujer y conservarlo en un líquido conveniente durante veinte años, produciendo sus huevos cada mes, de los cuales puede fertilizarse el 90 por 100, y luego desarrollarse los embriones por espacio de nueve meses, y sacarlos entonces al aire. Nunca alcanzó Schwarz tan brillante resultado; pero la noticia de su primer descubrimiento causó enorme sensación en todo el mundo, porque ya la natalidad era inferior a la mortalidad en todos los países civilizados. Fué Francia la primera nación que adoptó la ectogénesis oficial, y hacia 1979 producía ya sesenta mil niños por este sistema. En casi todos los demás pueblos fué más tenaz la oposición, que hubo de intensificarse por varios edictos eclesiásticos que aparecieron en 1950.

Como ya sabemos, se ha universalizado la ectogénesis, y en este país nacen de mujer menos del treinta por ciento de los niños. El efecto de la separación entre el amor sexual y la reproducción, que empezó en el siglo XIX, y llegó a

completarse en el XX, no ha sido satisfactorio para la psicología humana ni para la vida social. La vida de la antigua familia ha perdido mucho con ello, y aunque ya hoy se produce habitualmente la lactancia en las mujeres por inyección de placantina, tenemos que confesar que en ciertos aspectos nos aventajaban nuestros abuelos. Admítese, por otra parte, que la selección ha remediado con exceso estos males. Aun en pequeña proporción, los hombres y mujeres seleccionados como procreadores para cada generación sucesiva son indudablemente tan superiores al tipo medio, que es sorprendente el adelanto que se obtiene en todos los aspectos, desde la producción musical hasta el descenso de la propensión al robo. De no haber sido por la ectogénesis, hubiera fenecido fatalmente la civilización, debido a la mayor fecundidad en los seres menos deseables en todos los países.

Tal vez sea una suerte que el proceso por el cual se obtiene una madre ectogénica para cada generación sucesiva implique una operación que es un tanto desagradable, aunque ya no suponga la mutilación, peligro de la vida ni ocasione daño psicológico, y constituya un honor, aunque en modo alguno un placer. En este caso es muy posible que la oposición popular hubiera sido demasiado fuerte para el movimiento seleccionista. De todos modos, la oposición fué muy dura, y propiamente esta nación no adoptó su presente modelo de selección, muy restringido, hasta una generación después que Alemania, a pesar de lo cual se halla ahora en este punto más adelantada que ninguna otra. Las ventajas de la generalización del método seleccionista han sido enormes. La cuestión ideal de la relación sexual es todavía materia de discusión violenta, pero la moderna

reacción hacia la igualdad es muy fuerte."

Nuestro ensayista seguiría tal vez discutiendo otros adelantos mucho más radicales logrados hacia 1990, pero yo he reseñado sólo su exposición de las más tempranas aplicaciones de la biología. El segundo no me parece imposible ni improbable, pero tiene aquellos rasgos que hemos visto caracterizar a las invenciones biológicas. Si la reproducción llega a separarse por completo del amor sexual, la humanidad se libertará en un sentido completamente nuevo. Actualmente el carácter nacional se modifica paulatinamente obedeciendo a leyes completamente desconocidas. El problema de los políticos consiste en hallar instituciones adecuadas a él (al carácter). En lo futuro tal vez sea posible modificar por medio de una educación selectiva al carácter tan rápidamente como las instituciones. Podría prever los carteles electorales que habrá de aquí a trescientos años si sobreviven tan refinados métodos políticos, lo que es tal vez improbable. "Voto por Smith y otros músicos"; "Voto por O'leary y otros muchachos"; o quizá, finalmente, "Voto por Macpherson y un rabo prensil para sus biznietos". Nosotros podemos ya alterar las especies animales en una gran escala, y parece sólo cuestión de tiempo que podamos aplicar a nosotros mismos tales principios.

VI

Creo, pues, que la biología se aplicará probablemente según líneas semejantes a las que acabo de marcar. Es posible que haya igualmente grandes probabilidades en el camino del perfeccionamiento directo del individuo humano cuando llegemos a conocer algo más de los obstáculos psicológicos que se oponen al desarrollo de diversas facultades. Mas por ahora sólo podemos adivinar la naturaleza de esos obstáculos, y la línea de ataque sugerida en el mito es la que parece más sencilla a un darwiniano. Sabemos ya, sin embargo, que muchas de nuestras facultades espirituales sólo pueden manifestarse en ciertas glándulas, como la tiroidea y los sexuales, funcionan debidamente, y que cambios insignificantes en tales glándulas afectan considerablemente al carácter. A medida que avanza nuestro conocimiento en esta materia podemos, por ejemplo, aspirar a gober-

nar nuestras pasiones por algún método más directo que la sujeción y la flagelación; a estimular nuestra fantasía por algún reactivo de menos efectos perjudiciales que el alcohol; a actuar sobre los instintos perversos por la psicología más que por la cárcel. Inversamente, surgirán por fuerza posibilidades de nuevos vicios similares (bien que más profundos aún) a los despertados por los descubrimientos farmacológicos del siglo XIX.

La historia reciente de la medicina es la siguiente: Hasta 1870 la medicina se fundó principalmente en la fisiología. La enfermedad se miraba desde el punto de vista del paciente. El descubrimiento de Pasteur de la naturaleza de las enfermedades infecciosas transformó el criterio e hizo posible desterrar todo un grupo de enfermedades. Pero desvió también a la medicina científica de su senda primitiva, y es probable que si se desconocieran las bacterias, aunque muchos individuos murieran de infección séptica y tifoidea, estuviéramos más capacitados para combatir las dolencias renales y el cáncer. Ciertas afecciones, como el cáncer, no son probablemente ocasionadas por organismos específicos, en tanto que otras, como la tuberculosis, son producidas por formas que, siendo inofensivas para el individuo medio, atacan a otras por razones desconocidas. No es probable que las tratemos eficazmente empleando las normas de Pasteur, tenemos que desviar nuestra mirada del microorganismo para fijarla sobre el paciente. Allí donde el médico no puede combatir al primero, es frecuente que pueda conservar vivo al paciente el tiempo necesario para que lo combata por sí mismo. Y para esto tiene que apoyarse en el conocimiento fisiológico. No digo que un fisiólogo haya de descubrir el medio para prevenir el cáncer —Pasteur inició su vida como cristalógrafo—, pero el que lo consiga es probable, al menos, que utilice para ello en una gran escala los datos fisiológicos.

La abolición de la enfermedad hará de la muerte un accidente fisiológico como un sueño. Una generación que ha nacido junta, morirá a la vez. Sospecho que el anhelo humano de una vida futura se cifra, principalmente, en dos causas: la sensación de que la mayor parte de las vidas son incompletas, y el deseo de encontrar a los amigos de quienes nos hemos sepa-

rado prematuramente. Un suave descender a la tumba al cabo de una vida completa de trabajo desvanecerá considerablemente la primera, y nuestros contemporáneos rara vez nos dejarán llorando.

La vejez es tal vez más dura para la mujer que para el hombre. Viven más las mujeres, pero su vida se frustra, por lo general, en el cambio repentino que les sobreviene entre los cuarenta y los cincuenta años, y el cual las hace a veces fácil presa de la enfermedad, aunque en ciertos casos pueden mejorar de salud. El cambio parece ser debido a una disminución brusca de una sustancia química definida que produce el ovario. Cuando podamos aislar y sintetizar este cuerpo será posible prolongar la juventud de una mujer y que llegue a la vejez por la misma gradación que sigue el hombre.

La psicología apenas si es una ciencia aún. Como la biología, ha llegado a ciertas generalizaciones más bien abstractas y de carácter filosófico, pero todavía son aquéllos en cierto modo materia de controversia. Y aunque la mayoría de los hechos empíricos importantes son conocidos, sólo se han hecho hasta ahora unas cuantas grandes generalizaciones derivadas de ellos: tal ocurre con la existencia de la mente subconsciente. Pero cualquiera que haya visto un solo ejemplo del poder del hipnotismo y la sugestión habrá de comprender que la paz del mundo y las posibilidades de la existencia se alteren totalmente cuando podamos manejar sus efectos y modelar sus aplicaciones, según ha ocurrido con las drogas, que se consideraron en un tiempo igualmente mágicos. Mucho más importantes, por supuesto, serían los resultados de establecer una comunicación sistemática con los seres espirituales del otro mundo, cosa que se trata de hacer entrar en las posibilidades de la ciencia. El espiritismo es ya el más formidable enemigo de la cristiandad, y no tenemos dotes que nos permitan estimar el efecto probable sobre el hombre de una religión cuyos dogmas se apoyen en experimentos, cuyos misterios sean tan prosaicos como el alumbrado eléctrico, cuya ética se cifre en los resultados obtenidos en el otro mundo por una buena o mala vida en ésta. Sin embargo, he aquí la perspectiva que se nos ofrece si el espiritismo obtiene la comprobación científica que demanda en la actualidad, tal vez con poco éxito.

Sólo he podido, en el tiempo de que dispongo, atravesar unos pocos de los muchos campos que se abren al adelanto científico. Si he convencido a alguno de que la ciencia tiene aún muchas cosas dentro de la manga, y que estas cosas son de un carácter sorprendente, me reconoceré ampliamente recompensado. Si algo de lo que he dicho parece repulsivo o gratuito, he de replicar que ciertos fenómenos de la vida normal lo parecen también a muchos, y que esos fenómenos son, sin embargo, de la mayor importancia práctica.

He tratado de demostrar que el biólogo es la figura más romántica del presente. A primera vista parece ser un pobrecillo y despreciable ser que anda a tientas por entre las nieblas del mundo ultramicroscópico, que se empeña en amargas e interminables escaramuzas sobre el *nepbridia* de gusanos planos, y que se despiertan una mañana para enterarse de que alguno, cuyo nombre no ha oído jamás, ha demolido, con unos cuantos experimentos, la obra en que pusiera su esperanza de hacerse inmortal. Hay una verdadera tragedia en su vida; pero sabe que tiene una responsabilidad de la cual no osa evadirse; se siente apremiado, aparte de otras consideraciones utilitarias, por algo o por alguien que presiente más elevado que él.

El conservador tiene poco que temer del hombre cuya razón es esclava de sus pasiones; pero cuídese mucho de aquel cuya razón ha llegado a ser la más terrible de las pasiones. Aquéllos son los destructores de los imperios y de las civilizaciones desgastados, escépticos, demolidores, decididos. En el pasado fueron, en general, hombres como Voltaire, Bentham, Thales, Marx y, muy posiblemente, el divino Julio; pero pienso que Darwin ofrece un ejemplo de la misma inexorabilidad de la razón en el terreno de la ciencia. Sospecho que, como la razón tiene actualmente, no sólo más libre ejercicio, sino que puede producir efectos tan grandes en el mundo, por medio de la ciencia, como a través de la política, de la filosofía o de la literatura, habrá otros muchos Darwin. Tales hombres se interesan primordialmente en la verdad como tal; pero apenas si pueden interesarse en lo que habrá de ocurrir cuando claven en el mundo sus dientes de dragón.

No quiero decir que los biólogos se propongan, de un modo general, imaginar, en todos

sus detalles, las futuras aplicaciones de su ciencia. Los problemas centrales de la vida, para ellos pueden ser la relación entre los equinodermos y los braquiópodos, y el intento de vivir de sus salarios. No se ven a sí mismos como figuras siniestras y revolucionarias. No tienen tiempo para soñar. Pero presumo que muchos de ellos sueñan más de lo que quisieran confesar.

* * *

He dado una pequeñísima selección de mi sueño. Tal vez sean malos sueños. Es, por supuesto, casi ilusorio el intento de hacer profecías exactas acerca de cómo ha de evolucionar la vida humana el conocimiento científico;

pero creo que continuará haciéndolo, y aun más profundamente de lo que yo he sugerido. Aunque personalmente opino que, sea como sea, la vida familiar debe respetarse, sólo puedo reiterar que ni uno de los adelantos prácticos que he predicho deja de estar ya simbolizado por el reciente trabajo científico. Si a un químico, o un físico, de fines del siglo XVII se le hubiera hecho predecir las futuras aplicaciones de su ciencia, sin duda que hubiera caído en muchos risibles errores del más genuino estilo brapután, aunque hubiera estado cierto de que sería aplicado en alguna manera, y su fe hubiérase visto justificada.

J. B. S. HALDANE



MUNDOLOGÍA



Un piano construido especialmente para la radio

Un fabricante de instrumentos de música, de Toulouse, preguntándose si la dificultad de transmitir correctamente los sonidos del piano no sería debida en gran parte al instrumento en sí, y si no sería posible el establecer un modelo apto para la transmisión radiofónica, conservando el mismo carácter artístico, ha llegado a construir un aparato con estas condiciones, el cual actualmente se utiliza en el estudio del puesto de Toulouse.

Estudiando los sonidos producidos por un piano, el inventor ha deducido que, salvo para ciertas notas muy graves, producían ciertas vibraciones, algunas de elevado rango, que no podían ser correctamente transmitidas en relación armoniosa por el micrófono. El timbre del instrumento está, pues, deformado por transmisión radiotelefónica, y el oído que por educación encuentra un carácter artístico en la presencia de las vibraciones emitidas directamente por el piano, no lo encuentra lo mismo cuando salen de la bocina.

En el caso de la radio, el problema, pues, se sometía a escuchar el resultado obtenido, supri-

miendo o, en todo caso, disminuyendo en importancia las vibraciones que acompañan al sonido fundamental.

Para ello, el inventor reemplaza la mesa de armonía sobre la cual hay las cuerdas en tensión, por una superficie curva, de tal modo, que forma una cavidad, que de construcción, vivifica los sonidos fundamentales, disminuyendo así la importancia de los sonidos elevados, es decir, de las vibraciones. Los sonidos producidos por el instrumento aun resultan así agradables al oído, porque, sin duda, que en el caso de los pianos ordinarios, éste hace instintivamente una discriminación entre las diferentes notas emitidas.

Además, hecho extremadamente importante, el nuevo instrumento se presta de una forma por completo satisfactoria a la radiotelefonía.

El cinc en los tejidos vivientes

A medida que se perfeccionan los procedimientos de análisis químico, es más permitido el descubrimiento de las razas ínfimas de los elementos que constituyen los tejidos u órganos de los animales o plantas, y se llega a comprender que éstos contienen normalmente elementos

químicos cuya existencia no se había supuesto en ellos, y que, sin embargo, les son indispensables a su vida. Tal es, por ejemplo, el caso del cinc, como recientemente así lo ha hecho conocer M. Gabriel Bertrand. El zinc, tanto como el hierro, es necesario para el buen funcionamiento del organismo, y ante tales condiciones, importa saber la cantidad de cinc que hay en las sustancias alimenticias.

G. Bertrand y Benzon, por medio de un procedimiento muy preciso y nuevo, han, pues, administrado una dosis del metal en cuestión a una centena de plantas, o partes de plantas, escogidas entre las que más comúnmente se utilizan para la alimentación del hombre o de los animales domésticos, y han llegado a constatar que es en la parte carnosa de los frutos y las hojas marchitas donde menor cantidad de cinc se encuentra, siendo en los granos y hojas verdes donde más existe. La proporción de zinc puede ser inferior a un miligramo por kilogramo en las primeras partes mencionadas, y en las últimas puede pasar de cincuenta miligramos. La diferencia, por lo que se ve, es bien considerable. Se desearía saber ahora si hay casos en que puede resultar conveniente el administrar alimentos ricos en cinc, o viceversa, teniendo en cuenta que aun hay que averiguar cuál es el justo desempeño del zinc en la fisiología de la nutrición. Todo esto se llegará a saber quizás dentro de poco.

Un alambre de acero que escucha y que habla

Se trata de un delgado cilindro de acero capaz de recibir una imantación más o menos considerable y de conservarla durante un corto tiempo. Todos saben, en efecto, que un objeto de acero, colocado próximo a un imán natural o un electro-imán, adquiere diversas propiedades magnéticas, entre las cuales, la más conocida es la atracción de ciertos cuerpos metálicos. Se concibe, pues, que un tal alambre, desarrollándose en un campo magnético variable, pueda registrar las señales de esas variaciones. Si podemos transformar las variaciones del aire que caracterizan a los sonidos que nosotros emitimos, en matices electro-magnéticos, podremos ya deducir que nuestras palabras se han logrado encerrar dentro del alambre. Como

esto, merced al intermedio de un micrófono, de una pila y de un electro-imán, resulta relativamente fácil, nuestro alambre, pues, ha escuchado y retenido.

En cuanto a la recepción, aquí interviene una propiedad esencial: la reversibilidad de las acciones magnéticas. Expliquemos un tanto esto: Acabamos de ver que una corriente eléctrica variable podía crear un campo magnético de desemejanzas considerables; por el contrario, un campo magnético variable puede crear una corriente eléctrica de variaciones idénticas. Desde ese momento, el don de la palabra parece ser acordado sin dificultad a nuestro alambre mnemónico. En efecto, desarrollémosle ante el electro-imán que poseemos, que en lugar de estar en comunicación con las pilas o un micrófono, deberá estarlo con un portavoz. El soporte, diversamente imantado, creará una corriente variable en las bobinas del electro-imán, y el portavoz reproducirá las frases invisiblemente inscritas.

Las explicaciones técnicas se limitan aquí, y debido a lo muy complejas y aun no dilucidadas que son las transformaciones moleculares que presiden el cumplimiento de tal prodigio, no es posible dar un conjunto de detalles exactos.

No obstante, las aplicaciones del telegráfono o mnéfono son dignas de tenerse en cuenta, considerando que dicho aparato registra y restituye los sonidos de la misma forma que un fonógrafo o la cinta de cinc parlante, lo cual le presagia un brillante porvenir.

Las ventajas de este nuevo sistema sobre los que ya existen son varias, y sobre todo dentro de la industria del fonógrafo, por quedar sustituido el disco o placas, por el alambre. Notemos, además, la desaparición del frotamiento de la aguja sobre la cera; supresión de la deterioración (envolvimiento y desenvolvimiento múltiples que quedan sin influencia imantando el aparato); facilidad de poder borrar toda señal de registro en el alambre, por simple desimantación.

Y además, que un kilómetro de alambre bobinado conteniendo centenas de trozos de música será mucho más cómodo que los montones de discos necesarios para guardar la misma "cantidad" de música.

He aquí lo que verdaderamente representa

para la reproducción del sonido una importantísima y progresiva revelación.

Noticias demográficas

Según un informe publicado por la S. de N. después de la Conferencia económica internacional, indica que, en cuanto al excedente de nacimientos sobre defunciones, Francia ocupa el último lugar. En el último censo de población común a todos los países que se hiciera, se señala que la población ha aumentado en Francia un 9'63 por ciento; en Inglaterra, 110'5 por ciento; en Prusia, 122'5 por ciento; en los Países Bajos, 124'5 por ciento; en Bélgica, 69 por ciento, y en Italia, 57 por ciento.

Un balance familiar, considerado como desastroso en la dicha República, es este que a continuación facilitamos: De 100 matrimonios, el 23 por ciento no tienen ningún hijo; el 26 por ciento, un hijo solo; el 22 por ciento, dos hijos; el 13 por ciento, tres hijos; el siete por ciento, cuatro hijos; el nueve por ciento, más de cuatro hijos. En total, hay 200 nacimientos por cada 100 matrimonios, pero solamente 180 nacidos vivos.

Veinte años después, sobreviven nada más que 120, entre los cuales se encuentran 90 sanos, robustos y bien constituidos, y 30 ineptos, débiles, tarados o enfermos. Quéda, pues, un residuo aproximado de 55 por ciento.

La mortalidad general en Francia, comparada con la registrada en los años precedentes a 1925, ha sufrido una regresión evidente para casi todas las enfermedades transmisibles.

Por efecto de la difteria, en dicho año, las defunciones alcanzan, por cada millón de habitantes, la cifra de 35 sujetos; por el sarampión y la escarlatina, fué de 79 por cada millón también; por la fiebre tifoidea, 47 por millón; por el cáncer, 77'7 por cada millón de habitantes igualmente.

En cuanto a la sífilis, en los medios médicos se sabe que en 1926 hubo recrudescimiento bastante notable de sus graves efectos; pero en 1927 se ha constatado ya cierta disminución, salvo en las mayores capitales.

La sífilis, bajo sus diferentes aspectos, se calcula que en Francia alcanza a una décima parte de la población, o sea 3.920.000 individuos.

Entre los estragos acaecidos en un año por efecto de este azote, se cuentan 20.000 nacidos muertos, 40.000 niños de corta y 80.000 de diversas edades, lo que equivale, en números redondos, a 140.000 víctimas.

Aparte de esas consecuencias directas, se estima que la sífilis es responsable de otras afecciones crónicas y mortales: el 50 por ciento de las enfermedades del sistema nervioso; 50 por ciento de las enfermedades cardio-vasculares; 33 por ciento de las enfermedades del tubo digestivo; 33 por ciento de las nefritis crónicas; 75 por ciento de las debilidades congénitas, y el 50 por ciento de las muertes súbitas.

M. G. P.



Tarjetas Postales de "Estudios"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: Un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:
SERIE I.—Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.

SERIE II.—Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.

SERIE III.—Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.

SERIE IV.—Guyau, Goethe, Zurbarán, Luita Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapère de.

SERIE V.—Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.

SERIE VI.—Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pisacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

Pídanse a esta Administración, anticipando el importe por giro postal o en sellos.

Interesa a todo hombre estudioso

hacerse suscriptor de esta Revista, porque a pocos libros que adquiriera le resultará la suscripción gratis.

Vea los descuentos con que favorecemos a nuestros corresponsales y suscriptores, en otra parte de este mismo número.



El cultivo de la superioridad desde la cuna

Por el Dr. J. fernando Carbonell

Director del Instituto de Eubiosis Práctica



— CONTINUACIÓN —

Del punto de vista de la superioridad moral, los cuidados mal entendidos son doblemente funestos. El niño acostumbrado a que todo se haga por él sin que haya de tomarse la menor molestia, pierde la iniciativa, que es la más preciosa de las condiciones morales, porque sin ella, todos los demás dones del espíritu corren un gran riesgo de esterilizarse por completo. Se hace déspota, porque cree tener derecho a que todos le sirvan; se hace parásito, porque siempre ha creído muy natural que todos se consagren a su importante persona.

No es posible negar que en la independencia se han formado exentos de todo cuidado y hasta en medios corruptores, algunas de las grandes capacidades que son honra y gloria de la civilización. Edison es un bello ejemplo de ello. Se dirá también que ese ambiente arroja un contingente enorme de criminalidad; pero ¿acaso no hay también ladrones, estafadores y criminales de toda especie en las clases más encumbradas? Y además, esto no sucedería si el medio social fuese dignificado. No hay, pues, una influencia corruptora de abandono, sino un contagio social porque las sociedades humanas no han sabido o querido sanear sus bajos fondos.

El problema de la educación sexual

Una de las formas de corrupción y quizá la más frecuente, es la atracción que una curiosidad morbosa cifra en los misterios sexuales... precisamente por las ocultaciones de que una moralidad errónea y una educación falsa rodean este asunto, éticamente tan sencillo como cualquier otra cuestión de higiene y de fisiología. Es cierto que la generación es tan misteriosa, que se comprende haya fijado la atención de la humanidad hasta el punto de querer hacer de

ella una cosa aparte, esencialmente distinta de todas las demás, sobre todo en beneficio del sobrenaturalismo religioso que no quiere que cada niño pueda dudar de si Dios interviene tan directamente como se dice en la creación de los hermanitos pequeños. Ni la Ciencia ni la Educación deben estar al servicio de las supersticiones, y por mi parte no admito engaño ni ocultación alguna en cuanto a la cuestión sexual y sus efectos. Los órganos sexuales han de ser objeto de los mismos cuidados higiénicos que toda la restante superficie cutánea, sin llamar particularmente la atención del niño sobre ellos, ni para hacerlos un juguete ni para representarlos como más vergonzosos que la nariz u otra parte cualquiera del cuerpo. Yo así lo he hecho siempre, consecuente con mi criterio naturista, y mis niños no son más inmorales que los demás: tal vez lo sean menos. El familiarizar a los niños con la cuestión sexual, entendida con tanta naturalidad como cualquiera otra de las funciones de su cuerpo; un estudio integral aunque elemental de la anatomía y fisiología, sin cercenar por una estúpida pudibundez ese capítulo considerado escabroso; son la mejor y más segura profilaxia contra la corrupción sexual, cuyas vinculaciones con la criminalidad están harto constatadas. Y el misterio, desgraciadamente, no por eso será menor, porque si la fecundación es un caso particular de la asimilación, ésta, en el fondo, seguirá encerrando el terrible enigma del origen de la vida; puesto que por ella se forma materia viviente a expensas de los coloides orgánicos muertos—de donde el crecimiento y la reproducción celular—, ¡que el origen de la célula es tan profundo e insondable como el origen del hombre, quizá más, sin que nada de esencial se aclare con la posibilidad de que algunos gérmenes de vida hayan podido atravesar los espacios interplanetarios!

Métodos disciplinarios

Es muy verdad que para poder ser absolutamente bueno, sería indispensable que todos lo fueran. Lamento no recordar dónde he leído este importante aforismo, pues citaría al autor con inmenso placer. Nuestros pobres niños que nada tendrían que temer; abandonados a la Naturaleza—incluyendo en ella el instinto maternal, del que la civilización ha privado total o por los menos parcialmente a nuestras mujeres—son en cambio acechados por el contagio de mil lacras sociales que poco o mucho los contaminarán, sin contar con el despertar de sus propias tendencias malas, porque no es posible admitir la bondad original del niño: el niño rabia, odia, reclama con imperio todo lo que su incontrastable egoísmo le hace desear y revela mil pasiones brutales que toleramos con una sonrisa, porque las atribuimos a su inconsciencia y las consideramos como cosa pasajera; pero bastan para desvirtuar por entero la candida hipótesis de los niños absolutamente buenos de suyo que sólo del ambiente podrán adquirir las nociones del mal. Sea de ello lo que fuere, ya admitamos un origen endógeno o exógeno o mixto—y ésta es mi opinión—lo cierto es, que un día u otro se revelan en todo niño inclinaciones dañinas que necesitan una corrección. ¿Cuál es el modo más seguro y eficaz de atender a esta necesidad educacional?

Ninguna modificación profunda se obtiene con una enseñanza preceptiva, y la represión es muchas veces contraproducente. No hay más que un modo de ejercer una influencia educativa real: consiste en ofrecer objetos abundantes y gratos para la ejercitación de las facultades apetecibles, dejando al mismo tiempo en el mayor olvido posible las facultades dañinas, que así quedarán condenadas a una inacción absoluta; o por lo menos rodeando todas sus manifestaciones espontáneas, de una implacable indiferencia; y todo esto sin que el niño se sienta atacado en su libertad; sin que su voluntad sea oprimida.

La prohibición es muchas veces un incentivo, al paso que la indiferencia y el olvido serán el remedio más eficaz de las inclinaciones perversas, siempre que por otra parte se ofrezca al espíritu una ocupación suficiente, sin cuyo re-

quisito el exceso de energía, buscará de drenar por el lado de sus espontáneas aficiones.

Desde las deformaciones deliberadas de los antiguos cráneos araucanos, hasta otras deformaciones menos materiales pero igualmente positivas, todos nos vemos en cierto grado sometidos a amoldamientos, y pocos tenemos una elasticidad espiritual bastante para reaccionar y ser al fin lo que debíamos haber sido.

Para evitarlo hay que inculcar a padres y maestros el culto fervoroso de la individualidad del niño; el respeto a su idiosincrasia ¡desde la cunial

Violentar la individualidad de los niños a fin de que no nos incomoden es una tarea digna de cónsules de la romana decadencia. No con otro criterio se engordaba a los peces con carne de esclavos: es el sacrificio del derecho ajeno a una cuestión puramente egoísta.

El hombre consciente y moral conoce muchas cosas más importantes que su comodidad, y es realmente una reacción interesante la que significa este lenguaje, hoy que hasta de los procedimientos de la Matemática—la ciencia exacta por excelencia—, se ha querido hacer una cuestión de comodidad. Respetamos la intención del noble Poincaré, tan loable en cuanto trata de establecer derroteros nuevos aun para aquellas cosas que parecían ser las más definitivas de todas; pero no concedemos a la comodidad toda la importancia que él le atribuye. En las Matemáticas y fuera de las Matemáticas, el hombre hace muchas cosas en sacrificio de su comodidad, para atender a las exigencias de la lógica, a los dictados de la razón y, en cierto orden de cosas, a los llamados del deber o del sentimiento. Naturalmente, con un poco de aticismo y alguna dosis de espíritu paradójal que tan bien sienta a un pensador "moderno", no será difícil hacer ver hasta en la postura de un faquir que se ha hecho ensartar los lomos con un garfio de hierro y permanece así colgado como una res de carnicería, poco menos que un dechado de comodidad; pero yo creo que las personas que se dejen llevar por el buen sentido, más bien se presentarán ese caso extremo, como un sacrificio a un ideal de orden moral, y aquí deslizaré una de mis más acariciadas tesis: ¡Qué feliz y hermosa podría ser la humanidad si hubiera tributado a su propio perfeccionamiento una ínfima parte

de los sacrificios y las incomodidades que ha afrontado en homenaje a sus sueños y supersticiones! ¡Cuán fecunda; cuán proficua, podría haber sido su actividad, eubióticamente invertida en modificar las condiciones de la educación e instrucción de los niños, ¡desde la cuna!

Hay que orientar la espontaneidad de los niños en el sentido de que no contraigan tendencias viciosas; de que no puedan dañarse en su inexperiencia; de que tampoco dañen a otros, de que sus facultades se desarrollen favorablemente, de que no incurran en actos disbióticos, es decir, contrarios a su perfeccionamiento y su felicidad inmediata y mediatamente considerados; pero no abandonarlos sin controlar alguno a todas sus extravagancias cuando estamos de buen humor, para otro día tiranizarlos cruelmente y pretender que se conviertan en verdaderos muñecos, tan sólo porque en ese momento nuestros nervios están indómitos o tenemos el tímpano hiperestesiado. Y esto incumbe sobre todo a la madre, cuya existencia,

por lo mismo, se deberá tratar de normalizar en lo posible, porque una madre que vive tranquila y feliz, es la que está en mejores condiciones para tratar al niño criteriosamente y no a tono con las variaciones de una neurosis. El padre, hartado ha de luchar afuera: él debe contribuir a la eubiosis de sus hijos, sobre todo por mediación de la eubiosis de la madre. Naturalmente, que desde nuestro punto de vista resulta incalificable y antimaternal la actitud de las mujeres, que antes de decidirse a lactar a sus hijos o entregarlos a manos mercenarias, se enteran de la cantidad y calidad de recibos que habrá ese año en la crema social y hasta de si será o no de su agrado la compañía de ópera que se espera o si se usarán los vestidos prendidos adelante o atrás. Creo que no hay la menor duda de que en tales casos, se ha dado a la comodidad un alcance que de ningún modo debiera tener.

J. FERNANDO CARBONELL

(Continuará.)



LA HOMEOPATÍA



La doctrina médica homeopática, instaurada por el sabio maestro Christian Friedrich Samuel Hahnemann, ha sido uno de tantos adelantos científicos o descubrimientos acogidos de forma hostil en sus primeros tiempos.

La nueva doctrina, la Homeopatía, con sus principios fundamentales tan sólidos y tan distintos a los de la escuela antigua, o Alopátia, era tan opuesta, que el *Contraria contrariis curantur*, de Galeno, amenazaba ruína con la nueva ley del *Similia similibus curantur*, de Hahnemann.

Estaban a la vez tan arraigadas las raíces de los intereses creados por las clases médica y farmacéutica alopáticas, que la doctrina homeopática, este transcendental descubrimiento, con carácter devastador, llegaba arremetiendo contra toda serie de absurdas teorías, hipótesis, sistemas e intereses alopáticos hasta entonces en boga.

Era, pues, necesario hacer cuanto se pudiese

en contra de la nueva doctrina; había que pretender aniquilar la impetuosa fuerza con que apareció la Homeopatía; pero contra la solidez de los potentes muros en que se había encerrado su ley de semejanza, su experimentación pura, sus dosis infinitesimales, su dinamización medicamentosa, la individualización, etc., etcétera, principios básicos todos ellos, principios fundamentales e inamovibles de la nueva doctrina, nada franco se le podía oponer; se recurrió a los calificativos de herejes, fanáticos, locos, etcétera, a su instaurador y a sus discípulos; se les persiguió rastreramente; se les martirizó de obra cuanto se pudo, etc., etc.; pero la lucha científica no tuvo, no tiene, ni jamás tendrá la fuerza suficiente para negar la gran verdad de su ley del *Similia* o de los semejantes.

Todo sistema, toda doctrina falta de la debida solidez, fué siempre rebatida y combatida, hasta su pronta destrucción, por la Medicina alopática; pero la Homeopatía, a pesar de los

esfuerzos que se han hecho para aniquilarla, después de casi cinco lustros de existencia, cada día se eleva más potente y majestuosa, sin que nada ni nadie se pueda oponer a su resplandeciente avance, a su progreso. Díganlo si no los luminosos destellos de la Homeopatía en los países más civilizados, y en donde sus luminosos rayos ciegan con su esplendor a los que, como el doctor Bier (tan conocido universalmente), se convierten públicamente a la nueva doctrina.

Pretender, pues, hoy día ejercer acción alguna en contra de la Homeopatía, sería tiempo perdido; por ello tan sólo, los alópatas más ignorantes se limitan exclusivamente a ridiculizar y a despreciar la nueva doctrina, sin darse clara cuenta de que con ello demuestran más su incultura y la falta de conocimientos del fundamento de los sueros, vacunas, opoterapia, radiumterapia, etc., etc., que cotidianamente ellos recomiendan y prescriben, y que más o menos conscientemente usurparon del campo de la Homeopatía. En cambio, la clase médica alopática más culta, más honrada y más sincera, no solamente no intenta rebatir a la Homeopatía, sino que es considerada por ellos, no obstante la divergencia de ambas doctrinas, como *digna de estudio y de aplicación*.

Todo discípulo de Galeno, competente, imparcial, y que se haya parado a pensar tan sólo un instante en el fondo que encierran los principios fundamentales de la Homeopatía, no puede hacer más que llorar en silencio su error doctrinal, y si aquél pasa a hacer seriamente un estudio concienzudo de los mismos, en breve cae envuelto y convencido, como tantos otros alópatas, en la celeste luz de la Homeopatía.

Tan sólo los empiristas, los eclécticos, los amanerados, son los que, fundados en lo divergente de la doctrina alopática, no pasan a comprender la ley de semejanza, la eficacia de las dosis infinitesimales y mucho menos la dinamización e individualización medicamentosas homeopáticas.

Tan sólo estos últimos son los que emiten juicios adversos de la Homeopatía; pero su juicio es tan insignificante, se le puede conceder tan poca importancia, como el que concederíamos a la crítica hecha por un sordo de nacimiento respecto a una magistral composición musical.

Como estos alópatas no sólo no gozan de los debidos conocimientos de la doctrina homeopática, sino que a la vez también ignoran los indispensables de la doctrina de que se jactan pertenecer, no pueden emplear más que medios rastreros para difamar y desacreditar a la Homeopatía, tales como el de atemorizar a los enfermos con la falsa idea de que todos los medicamentos homeopáticos son enérgicos venenos; con la de que las curaciones que consigue la Homeopatía sólo son debidas a la *fe ciega* de los enfermos, etc., etc. Todo ello es falso: la Homeopatía emplea exactamente los mismos medicamentos y sustancias que emplea la escuela antigua o Alopática y los que emplea el Naturismo, con la única diferencia de que la Homeopatía hace uso de dichas sustancias a dosis infinitesimales, es decir, infinitamente pequeñas y dinamizadas, de forma que si dichas sustancias medicamentosas se consideran como venenos administradas en tan pequeñísimas dosis como lo hace la Homeopatía, ¿cómo habremos de considerarlas administradas en dosis masivas?...

Por lo que respecta a la *fe ciega* que dicen es necesaria en los enfermos para llegar a una curación, es otro de tantos argumentos faltos de veracidad, y que para rebatirlo no hace falta más que recordar que la Homeopatía, lo mismo que consigue asombrosas curaciones en adolescentes y adultos (seres que pudieran considerarse como sugestionables), consigue tanto o más asombrosas curaciones en niños de pocos meses, enfermos maniáticos, comatosos, en animales, etc., etc., seres todos ellos en los que la sugestión es muy dudosa o imposible.

La Homeopatía es, pues, una doctrina médica indestructible; la Homeopatía es la ciencia médica moderna, el progreso de la Medicina.

J. PEDRERO VALLÉS

Médico Homeópata

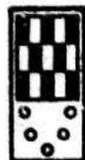


Educación sexual y diferenciación sexual

POR EL DR. GREGORIO MARAÑÓN

El prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y trascendencia del problema de los sexos que este librito plantea.

Precio 50 cts. Pedidos a esta Administración



Desde mi atalaya

Singularizarse



Es una aversión que nos tiraniza. Huímos del anónimo como de la peste. Hacemos esfuerzos inauditos para esquivar la multitud. Adoramos el individualismo egoísta. Y luchamos a brazo partido, entre la muchedumbre gris, para singularizarnos.

El problema es sencillísimo, en el fondo. Plantearlo no cuesta grande trabajo. Pero ha de ser fatalmente difícil el resolverlo.

En el mundo de las ideas se agitan dos tendencias luchando por la supremacía: el individualismo y el colectivismo. Uno y otro tienen caracteres admirables; pero los defectos de entre ambos son fáciles de adivinar. Tanto en el primero como en el segundo se cobija el egoísmo.

El individualismo no puede ser el culto del yo. La doctrina individualista defiende los derechos del ciudadano frente a los de la colectividad, la libertad de cada uno de nosotros ante las posibles exigencias de la multitud. Y, claro está, el ideario no puede ser más noble. Combate la tendencia igualitaria, en nombre de la justicia. Nuestro derecho individual no puede tener otra limitación que la libertad de nuestros semejantes. Podemos obrar a nuestro antojo mientras no perjudiquemos a otro ciudadano. Y los demás gozan de nuestro mismo derecho.

El individualismo preconiza el libre desenvolvimiento de la facultad y la energía de cada mortal. Así, no puede sufrir menoscabo la sana ambición, ni el dinamismo creador, ni las preferencias de hombre alguno. Libertad por doquier. Pero libertad igual para cada individuo.

Resultado teórico: lucha noble, energía fecunda, vocación sin trabas, era constructiva.

El colectivismo defiende los derechos del ciudadano tomándolos en conjunto. Nadie puede ser estimado en más que su hermano. Los derechos de cada hombre son nulos; los de la colectividad, los de todos los hombres en conjunto, lo son todo.

Y no se trata, tampoco, de la guerra al yo. Se preconiza el culto a la multitud. Los derechos son los mismos para todos. La igualdad absoluta. No se rebaja a uno para ensalzar a otro. Se rebaja la libertad de cada individuo para ofrendarla en holocausto del conjunto de los ciudadanos.

Total: que los derechos son los mismos para todos, y que lo que perdemos como a

hombres lo ganamos como a componentes de la colectividad.

Pero la diferencia fundamental entre una y otra doctrina no tiene su asiento en el derecho propiamente dicho, sino en el desenvolvimiento de cada hombre. En el individualismo podemos obrar como nos plazca, mientras no perjudiquemos a otro hombre. En el colectivismo debemos obrar al mismo compás de los demás. La cualidad predominante en el primero es la diversidad. Y en el segundo la igualdad.

Tomando el conjunto, no podría hablarse de mala fe, pero sí de falta de sinceridad. Lo que se agita en el ánimo de los promotores de ambas doctrinas es algo emparentado con el egoísmo: el afán de sobresalir.

El individualismo, con todas sus limitaciones y todo su postulado de justicia, es un terreno abonado para la ambición. El libre desenvolvimiento de los individuos fomenta el apetito singularizador. Y da pie al orgullo.

El colectivismo no tolera desniveles, pero necesita apóstoles. Y el apostolado es una plataforma magnífica para singularizarse. Observad el tropel de pastores, el fárrago de apolo-gistas y la multitud de tráfugas.

Cuando no hay libertad para obrar, la hay para predicar. Aun cuando se trate de una doctrina unitaria. Y lo mismo puede uno encaramarse valiéndose de lo primero como de lo segundo. Lo asombroso sería permanecer inmóvil.

Reconozcamos al egoísmo como a dios reinante. Y a su ahijada la ambición como a musa perenne de los descontentos mortales.

Pero no olvidemos tampoco que la ambición ha sido el motor de todos los adelantos humanos. Y que, en su afán de singularizarse, han logrado realmente muchos hombres mejorar la suerte de sus hermanos.

JOSÉ M. VILÁ



LIBRO INTERESANTE

PIO BAROJA

Por Francisco Pina

Estudio crítico-literario de la obra y la personalidad del genial novelista. — Precio, 3 ptas. De venta en esta Administración.

BIBLIOGRAFIA



En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

El Sendero, por J. Krishnamurti. — Sin meternos en profundidades acerca del teosofismo del autor, *El Sendero* ha sido para nuestro espíritu un manjar delicado y selecto, un regalo delicioso y exquisito.

El sendero de que simbólicamente y con un estilo impecable, sencillo y diáfano nos habla Krishnamurti, es la vida misma. Es interminable. Ni se ve su principio ni se columbra su fin. Unos trechos es recto, limpio, luminoso. Otros, lleno de tortuosidades, polvoriento, bañado en tinieblas pavorosas. Por él avanza el hombre, tropezando y cayendo, cual viajero solitario y ciego. Atraviesa desiertos y páramos; oasis encantadores y valles floridos y perfumados; yerros cubiertos de abrojos y montañas de pendientes al parecer inaccesibles. Camina, camina siempre hacia las altas cumbres, guiado por un secreto impulso, empujado por una mano invisible y poderosa... Pero no llega jamás al término de su viaje, a la ansiada perfección. Escalar una cima no es sino marcar una etapa en el trayecto. Hay que escalar otra, y luego otra, y otra después, y así hasta lo infinito.

Vamos pasando páginas tras páginas, cada vez más interesados en la lectura y más subyugados por el supremo encanto de los pensamientos de valor permanente que llenan el libro y nos inundan de luz. A través de ellas, siguiendo la noble y amena charla del autor, llena de sugerencias y de atisbos certeros, evocamos las vicisitudes, las caídas, los errores, los quiméricos ensueños, las esperanzas fallidas y los contados aciertos del hombre en su perenne caminar por el áspero sendero de la vida, en la búsqueda angustiosa de una verdad que se resiste a ser hallada y de una dicha que al tocarla se convierte en humo.

No es negativa la filosofía de Krishnamurti, de este iluminado que tiene tanto de poeta como de filósofo, y en ambos aspectos raya a gran altura. No. Su filosofía, plena de vitalidad, es, por eso mismo, afirmativa. "Quiero, si pue-

do, mostraros la luz; pero debéis encender vuestra propia antorcha en la llama eterna", dice en uno de sus bellos libros. Y en todos resalta la misma aseveración. El hombre llegará a la verdad por la propia experiencia, pasando con los pies desnudos por sobre los cardos del dolor; cruzando con el alma encendida por los mares de llamas de las pasiones; sintiéndose abatido por los vendavales de la adversidad y de la desilusión; siendo llevado y traído por la esperanza y la desesperación. No creas nada si no has forjado tú mismo y por tí mismo tu creencia. Duda siempre. Llama a la duda con fervor. Lo único permanente y duradero es lo que nace y echa raíces profundas en los jardines de tu alma. El sabio, el apóstol, el profeta, lo más que pueden hacer es mostrar el camino; mas andarlo has de andarlo tú y abrirte paso con tu solo esfuerzo por la selva virgen. Debes ser como los ríos, que cantando o rugiendo, deslizándose mansamente o precipitándose impetuosos, van a llevar el caudal de sus aguas al mar. Esto se desprende de los escritos del hombre que trae ricos presentes espirituales a los demás hombres.

Además, su tolerancia no conoce límites. Todas las creencias sinceras son partes esenciales de la verdad eterna, que consta de infinitas facetas y múltiples matizaciones. Comprensión es lo que se necesita. El que lo comprende todo se halla situado en las fronteras de la perfección, y la verdad vivirá en él, porque no incurrirá jamás en el error de hacer de su verdad un dogma, ni se aferrará a sus creencias como a la concha la perla. Para ése no serán las creencias, aun las más sensatas, sino formas transitorias que reviste el estado del progreso en el presente, pero que mañana apenas significarán un jalón, un punto de referencia en el sendero de la vida.

Esto, dicho a la ligera, nos ha sugerido la lectura de *El Sendero*. Aparte de esto, por su dicción esmerada, por la riqueza y colorido de

las imágenes, por la belleza del estilo y la claridad de los conceptos, es una verdadera obra de arte bien lograda, que se lee de un tirón, sin que el interés decaiga lo más mínimo. Aunque careciera de otros méritos, valdría, por eso sólo, la pena de ser leída. No es así, sin embargo. Aunque la forma es impecable, lo más valioso de esta obra no es el ropaje vistoso y galano, sino el pensamiento, la enjundia filosófica, el hondo sentido humano de que viene henchido. Razón de más para que su lectura nos haya satisfecho plenamente.

H. NOJA RUIZ

De lejanas tierras, por Eduardo Mera.

—De tres narraciones breves consta este libro. Las tres son muy estimables; pero especialmente la que sirve de título al volumen, es admirable por la agilidad del estilo, la naturalidad de las situaciones, la fuerza emotiva, la sencillez de la trama y el acabado dibujo de los tipos.

Los otros dos trabajos son también muy notables, y en ellos hace galas el autor de su agudeza y de su claro sentido del *humor*.

En pocas palabras: hay en estas narraciones sensibilidad, ironía, observaciones certeras y la revelación de un temperamento de artista perfectamente definido.

Mensaje de Año nuevo, por J. Krishnamurti.—Este valioso libro es un conjunto de máximas morales que Krishnamurti ofrece a los componentes de la Orden de la Estrella, de la que es orientador y jefe.

No quiere decir esto que no puedan leer con provecho este libro los no iniciados. Al contrario. Su contenido es de un verdadero interés para toda persona estudiosa, y muy especialmente para los que se preocupan de la formación de sí mismos, ya que todo el libro no tiende sino a demostrarnos la inutilidad de muchas cosas que tenemos por esencialmente imprescindibles, y lo que importa para la dicha humana es que el individuo sepa dominarse, sea tolerante, bien intencionado, bondadoso, justo y comprensivo.

Al indudable valor educativo del libro hay que añadir la sencillez brillante del estilo peculiar de Krishnamurti.

El señor Modesto, novela, por José M. Vilá.—El señor Modesto es el tipo del empleado que por cobardía espiritual arrastra una

existencia llena de renunciaciones y vilezas, y que, atado a su mesa de trabajo, pasa la vida laborando en provecho de otro y cobrando un salario de hambre, sin que brille jamás en su alma muerta ni el más tenue chispazo de rebeldía.

No es humilde el señor Modesto: es servil. Su contextura moral es la del esclavo contento de su suerte. Trabaja sin descanso por lo que buenamente quieren darle, siempre resignado y agradecido. Ni por un momento se le ocurre pensar que con su conducta hace del trabajo una vileza. Bien es verdad que ni a pensar se atreve. Ni se une a sus compañeros, ni interroga a la vida, ni mira de frente al patrón que es *su amo*, ni se cuida de meditar acerca de sus propios intereses, ni mucho menos de defenderlos. Soportando injusticias agosta su existencia, y cuando los años hacen de él un inválido, y se ve expulsado de la oficina para que ocupe su puesto un joven que dé más rendimientos, se lamenta tímidamente; pero se somete, como se sometió siempre. Ni siquiera comprende la justicia de los reproches que le hacen compañeros más dignos.

Tal la novela. Los tipos que desfilan por ella no están mal diseñados, y el estilo, si no brillante, es pasable.

Archipiélago.—Revista ilustrada de la Institución Hispano Cubana de Cultura de Oriente.

Tenemos a la vista el número 11 de esta publicación, en el que se leen trabajos muy notables de María Enriqueta, R. Brenes Mesen y de otros prestigiosos escritores, al par que dan realce al texto dibujos muy expresivos del caricaturista cubano Conrado Massaguer.

Siembra, por Carlos Valdivia Castro.—Una colección de cuentos escritos con la mejor buena fe e inspirados en un noble sentimiento forman este librito. Entre ellos sobresalen *Perdón* y *La derrota*. En todos resplandece, a falta de otros méritos, una gran sinceridad.

La Estrella.—Revista mensual internacional.

Hemos recibido el número correspondiente al mes de abril de esta interesante publicación. En él aparecen trabajos de Krishnamurti, Braddon y otros autores. En conjunto, este número es de un interés palpitante y no desmerece en nada de los anteriores.

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de ESTUDIOS**NO HAY PERDÓN****Por Leónides Andrelev**

Era una estudiante. Muy joven, casi una niña. Su nariz fina, no formada aún por completo, un poco arremangada; sus labios, también infantiles, parecen exhalar olor a bombones de chocolate. Sus cabellos son tan sedosos y abundantes, cubren su cabeza de forma tan graciosa, que hacen pensar sin querer en mil cosas amables: en las canciones primaverales de los jilgueros, en el cielo azul sin nubes, en el florecer de las lilas.

Sus ojos son igualmente juveniles, claros, ingenuos, tranquilos; pero si se la examinaba de cerca, podría advertirse en su rostro ligeras sombras de cansancio, indicios de insuficiente alimentación, de largas noches de insomnio, de interminables veladas en cuartos reducidos y llenos de humo, donde se pasan las horas en perpetuas discusiones. También se pensaba que sus mejillas conocieron las lágrimas, dolorosas y amargas lágrimas. Había algo de inquietante en sus movimientos; el rostro era alegre y sonreía; mas su pieccecito, calzado con deteriorado chanclo, sucio de barro, hería con nerviosidad el suelo, cual si pretendiera acelerar la marcha del tranvía, que avanzaba muy lentamente.

Ninguno de estos detalles se habían escapado al espíritu observador de Mitrofan Vasilich Krilov, que iba de pie en la plataforma, frente a la muchacha. Por distraerse, la contemplaba con desenfado y frialdad, como una fórmula algebraica muy conocida y sencilla que se destacara en la negrura de la pizarra. Aunque, al principio, esto le distrajo, no tardó, empero, en caer de nuevo en su malhumor. No tenía motivos para estar contento, ciertamente. Volvía del liceo donde era profesor, cansado, con el estómago vacío; el tranvía estaba lleno, y no podía sentarse para leer el periódico. El tiempo también era malo; la ciudad era fea y le disgustaba, así como aquella vida, que no valía lo que el billete que llevaba en la mano.

Krilov no tardó en cansarse de contemplar a la muchacha; pero se hallaba sentada frente a él y no podía por menos de mirarla de vez en cuando.

—Ha venido hace poco tiempo de la provincia—pensaba—. ¿A qué diablos habrá venido? Yo, por ejemplo, abandonaré con mucho gusto esta maldita ciudad para irme a cualquier rincón ignorado. Naturalmente, a ella le gustan las conversaciones, las diversiones; tiene sus ideas sociales y políticas. No estaría de más que curase un poco de su arreglo personal; pero no tiene tiempo para cuidarse en cosas tan mezquinas. ¡Debe salvar a la humanidad! ¡Es lástima, sobre todo siendo tan bonita!

La muchacha, advirtiendo las severas miradas de Krilov, se turbó visiblemente. De tal modo se turbó, que la sonrisa desapareció de sus labios, y fué reemplazada por una expresión de infantil terror, en tanto llevaba su diestra al pecho, como si llevase escondido algo en el corsé.

—¡Tiene gracia!—se dijo ahora Krilov, volviendo a otro lado la mirada, y tratando de dar a su rostro una expresión de indiferencia—. Le atemorizan mis gafas azules; todas estas muchachas están plenamente convencidas de que un hombre con gafas azules no puede ser sino un espía...

Probablemente, lleva proclamas escondidas en el corsé. En otro tiempo, las muchachas escondían cartas del novio; ahora son proclamas y boletines revolucionarios lo que esconden. ¡Boletines! ¡Qué palabra más estúpida!

Le dirigió de nuevo una mirada a hurtadillas, y volvió la vista en seguida. Ella le miraba como mira un ave a una serpiente que se le aproxima, y apretaba, y apretaba la mano contra su costado.

Krillov se incomodó.

—¡Qué estúpida! Me toma por un espía, a causa de mis gafas azules. No comprende que puedo llevarlas por estar enfermo de la vista. Es tan ingenua, que se hace traición ella misma. ¡Y pensar que pretende salvar a la humanidad! ¡Si necesita una niñera esta revolucionaria todavía! No estamos en sazón aun para la revolución. No estaría de más asustarla un poco; esto sería una buena lección para ella.

Apenas se había formulado tal pensamiento, tuvo una inspiración. Era una idea inspirada por el cielo gris de noviembre, por el suelo fangoso, por el hambre que le atormentaba inmisericorde.

Con un movimiento nada elegante bajó la cabeza, dió a su rostro una expresión desagradable, propia, a su juicio, de un espía, y lanzó una mirada escrutadora a la muchacha. Ella se estremeció de terror, y su mirada reflejó la angustia que le poseía.

—Vamos, pequeña—pensaba Krillov triunfante—. Parece que huirías de buena gana. Pero aguarda, que aun hay más.

Se iba interesando en el juego. Olvidando el hambre y el mal tiempo, se dedicó a imitar a un espía, con tal habilidad y entusiasmo como si en realidad estuviese al servicio de la policía secreta.

No sólo la muchacha, sino que muchos otros viajeros comenzaron a desazonarse: tan de espía era su apariencia. Había algo de pintoresco, de agradablemente inquietante en esa renuncia que hacía de su propia personalidad, en representar un papel antipático, en que los demás le odiasen y le temieran.

—Debe ser una cosa muy interesante el oficio de espía—se dijo—. Un espía arriesga su vida casi tanto como un revolucionario. He oído decir que hace poco degollaron a uno como a un cerdo.

Por un momento sintió miedo, y quiso renunciar al papel que voluntariamente se propuso representar; pero su oficio de profesor le era tan odioso, tan monótono y aburrido, que le gustaba cambiar de pellejo, aunque sólo fuese unos instantes.

La muchacha no lo miraba ya; pero todo expresaba en ella una angustia terrible y unos locos deseos de huir. Dos veces se movió un poquito, como disponiéndose a descender, y al sentir sobre ella las inquisitoriales miradas de Krillov, permaneció como clavada en su asiento.

—Muy bien—pensaba el profesor observándola—. Estoy muy satisfecho de mí mismo. De buena gana huirías; ¡pero no, pequeña! Esta lección te enseñará a ser más prudente. La vida no es lo que tú crees.

Krillov dirigió una mirada a su gabán, con manifiesto disgusto; se imaginó su rostro amarillo, mal afeitado; sus ojos con gafas azules, y se convenció, con maligno placer, que tenía todo el aspecto de un verdadero espía.

Experimentó un sentimiento de soledad triste, propia sólo de los espías, y una profunda melancolía invadió su corazón. El cielo, la vida, las gentes, todo se tornó sombrío a sus ojos, negro al par que hondo, misterioso...

En una de las paradas, Krillov debía descender; pero la muchacha no lo hizo, y él dijo en voz alta al cobrador:

—Deme un billete hasta la próxima parada.

Le satisfizo mucho hallar en su bolsillo una moneda de cinco copecks para pagar el billete; se figuraba que los espías sólo pueden llevar monedas de cobre o mugrientos billetes de Banco: no se les puede pagar en buen dinero; de lo contrario serían gentes como los demás.

La muchacha seguía siempre en su puesto. Pero, por fin, aprovechó un momento favorable, y

descendió presurosa en la esquina de una calle ancha donde se cruzaban los rieles. Una mujer delgada que subía con un gran envoltorio impidió a Krilov la salida.

—¡Permítame!—dijo él, tratando de abrirse paso.

Pero el sitio que dejaba libre el envoltorio era demasiado estrecho, y no podía pasar.

Sofocado, Krilov saltó, por fin, a tierra, y comenzó a correr en persecución de la muchacha.

Logró alcanzarla en una estrecha calleja. Marchaba de prisa, dirigiendo miradas hacia atrás, y cuando divisó a Krilov a cierta distancia, echó a correr, sin disimular ya el terror que le producía. El profesor apresuró el paso igualmente. En aquella calleja, desconocida y oscura, donde sólo se veía a la muchacha y su perseguidor, éste experimentó un malestar que tenía gran semejanza con el miedo.

—Hay que terminar—se dijo.

Empero, prosiguió su carrera, casi ahogándose de fatiga.

La muchacha se detuvo a la puerta de una casa de muchos pisos. Cuando se disponía a abrir la puerta, se le aproximó Krilov, y, sonriéndose, la miró a los ojos. Con aquella sonrisa quiso decirle que se había terminado la broma y que nada debía temer de él. Pero ella, al entrar, le escupió en pleno rostro, sofocada por la cólera:

—¡Canalla!

Y desapareció. Un momento más tarde, Krilov divisó su silueta tras los cristales. Con una sonrisa de amistad en los labios, asió el picaporte y trató de abrir; pero retrocedió lentamente al ver al portero junto a la escalera.

Unos pasos más allá se detuvo y se encogió de hombros. Quitóse las gafas y se puso a reflexionar. ¡Era muy estúpido todo aquello! La muchacha no le había dejado explicarse siquiera, y le había lanzado en pleno rostro el despectivo insulto. Debía de haber comprendido, sin embargo, que únicamente se trataba de una broma. ¡Al diablo la muchacha! Que hiciera lo que quisiese ¿qué le importaba a él?

Se imaginó que en aquellos momentos la muchacha estaría refiriendo a sus compañeros que un espía la había perseguido. Y ellos se indignarían, como era natural; murmurarían, cerrarían los puños. ¡Qué idiotas!

—¡Yo también he hecho mis estudios en la Universidad, y no soy inferior a vosotros, imbéciles!—dijo, casi en alta voz—. ¡Sí; soy tan honorable como vosotros, jóvenes idiotas! Tal vez más honorable. Soy un padre de familia que mantiene a ocho personas... Es preciso poner fin a esta farsa. Hay que hacerles saber que poseo un diploma universitario y que odio a los policías tanto como ellos mismos. Pero ¿qué hacer? La muchacha ha desaparecido. No puedo aguardarla aquí hasta mañana. Por otra parte, aun no he comido.

Dió algunos pasos, volvió sobre ellos, miró la larga fila de ventanas iluminadas y continuó en sus reflexiones:

—Apuesto algo a que cree que soy un espía. ¡Idiota! Hay que decirle que yo también he sido estudiante y que he llevado melena como ellos. Claro que ahora me corto el pelo, pero eso no quiere decir que sea un espía.

Encendió un cigarrillo y lo tiró en seguida: no tenía ganas de fumar. Se alejó de la casa algunos pasos, y luego volvió a detenerse. De pronto, se abrió la puerta, y tornó a cerrarse con violencia, después de dar paso a dos estudiantes.

Lleno de terror, huyó precipitadamente. Corrió a través de la niebla, enloquecido, jadeante, atropellando a los transeúntes, tropezando con los faroles, los vehículos. Detúvose en una gran avenida, que no pudo reconocer sino al cabo de un buen rato. Todo se hallaba desierto en su derredor. Caía una lluvia menuda, pertinaz. Ya no veía a los estudiantes.

—Vaya una aventura—se dijo—. Será un milagro que no me resfríe. Tal vez la tuberculosis en perspectiva... Por fortuna, no me han dado alcance los estudiantes, aunque corrían de lo lindo.

En esto, tres estudiantes aparecieron a cierta distancia. Krilov los miró con ojos de espanto y se alejó a la carrera.

Se detuvo en cierta calleja tortuosa y desierta. ¿Iba a huír de todos los estudiantes de la ciudad? Volvió a la avenida y se sentó en un banco.

—Sobre todo, calma—se dijo—. No hay un motivo para alarmarse. ¡Que se vaya al diablo la muchacha! Peor para ella si me toma por un espía. No me conoce, ni los estudiantes tampoco.

Se reía ya, regocijado por tal pensamiento, cuando, de antuvión, una idea terrible puso fin a su regocijo.

—Pero ¿y ella? Ella me ha visto. Durante una hora entera ha podido estudiar mi rostro, y si me encuentra en alguna parte...

Imaginóse una serie de terribles probabilidades, y se estremeció de pies a cabeza. Si le veía, se lo señalaría inmediatamente a toda su banda con el dedo, diciendo en voz alta: "Miradle; es un espía."

—Tendré que dejar de usar gafas y afeitarme—se dijo—. Si pierdo la vista, ¿qué le vamos a hacer? Además, quizás se engañe el médico, y yo no necesito gafas. Por otro lado, aunque me reconozca no hay por qué apurarse. Sería necesario probar que soy un espía; probarlo serena, lógicamente, como se hace con los teoremas.

Se imaginó una reunión de jóvenes de largas melenas, ante la que demostraba su inocencia con voz firme y tranquila. Pero piensa con horror que la lógica y las fórmulas exactas están en contradicción con la vida; de que en la vida hay poca lógica y de que no encuentra manera de demostrar que no es espía. Si la muchacha le acusara de serlo, no había en su vivir nada preciso, claro y convincente que oponer a la acusación.

Invadióle un terror pánico. ¿Dónde estaban sus convicciones, su profesión de fe? Su espíritu estaba vacío, y no veía nada seguro sobre que apoyarse, para no caer en el fondo de aquel abismo profundo, negro, espantoso.

—Mis convicciones—balbuceó—. Todo el mundo conoce mis convicciones. Estoy convencido de que...

Pero busca en su memoria algo claro, fuerte, preciso, y nada encuentra. ¿Es posible que no tenga ni una seria convicción? Hay hombres que creen en Dios y los hay que no creen. ¿Y él?

—Veamos. ¿Existe Dios? ¿Sí o no? No lo sé, no sé nada. ¿Y yo? ¿Existo yo?

Krillov siente un escalofrío; ni siquiera tiene conciencia de si existe o no existe. Alguien está sentado en un banco del bulevar y fuma: pero ¿es él? Los árboles y la menuda lluvia que cae, los faroles encendidos, todo es incomprendible, desprovisto de sentido, misterioso. Se levantó bruscamente y se fué, tratando en vano de recordar actos suyos. Era un empleado, un padre de familia; pero ¿dónde estaban sus actos? ¿Qué había hecho? Nada. El vacío más absoluto.

Sin darse cuenta, volvió a la casa donde había entrado la estudiante.

—Sí, es la maldita casa. ¡Qué aspecto más desagradable!

Pesábale de modo abrumador la idea de que lo hubieran tomado por un espía, y se dijo que había de deshacer el error a toda costa. Llegóse a la casa, y, tras una corta vacilación, entró con gesto decidido y severo. En el umbral de su habitación apareció el portero, sonriéndole con cortesía.

—Escuche usted, amigo mío... Una joven estudiante acaba de entrar aquí. ¿En qué piso vive?

—¿Por qué le interesa esa joven?

Krillov le miró a través de sus gafas de un modo significativo, y el portero comprendió en seguida; hizo con la cabeza un signo que daba a entender que sabía a qué atenerse, y tendió la mano a Krillov.

—¡Qué familiar!—se dijo el maestro; pero estrechó con fuerza la mano dura e inflexible como una plancha.

—Entremos en mi casa—invitó el portero.

—¿Para qué? Yo sólo quería...

Pero al ver que el otro entraba ya en su habitación, Krillov apretó los dientes con rabia y le siguió dócilmente.

—También me ha tomado por un espía este canalla—pensó.

La habitación era muy reducida. Tan sólo había una silla, en la que se sentó el portero sin ceremonias.

—¡Qué indecente!—pensó Krilov—. Ni siquiera me invita a sentarme.

El portero lo examinó con calma de pies a cabeza. Luego de un corto silencio, dijo:

—Anteayer vino también uno de ustedes... Uno muy rubio, con grandes bigotes. ¿Le conoce usted?

—¿No he de conocerle? Uno rubísimo...

—Hay muchos como usted... que recorren las calles...

—Escuche—protestó Krilov—. Todo eso me tiene perfectamente sin cuidado. Yo vengo...

El portero continuó, sin hacer caso de sus protestas:

—¿Cuánto cobra usted al mes? El rubio me dijo que él cobraba cincuenta rublos. No es mucho.

—¡Doscientos!—dijo Krilov, observando con maligna alegría al portero.

—¡Oh, doscientos! Eso ya es otra cosa... ¿Quiere usted un cigarrillo?

Krilov aceptó con reconocimiento el pitillo que le ofreció el portero. Lo encendió y casi sintió náuseas: el tabaco era desagradable, maloliente.

—Un verdadero tabaco de espía—pensó Krilov.

—¿Les pagan a ustedes con frecuencia?—pregunto el portero.

—Pero escuche...

—El rubio asegura que nunca le han pagado, y lo creo. Es muy posible que no les paguen a ustedes. Como no les rompen ningún hueso, no tiene importancia. Por doscientos rublos al mes bien puede uno resignarse a ello. ¿Verdad?

Y le miraba sonriendo beatíficamente...

—Yo quería...—comenzó Krilov; pero su interlocutor le interrumpió de nuevo:

—Naturalmente, no hay que tener pelo de tonto en el oficio de ustedes, y, además, es preciso que en la fisonomía no haya nada de extraordinario, que llame la atención. He visto un colega de usted muy desfigurado, con un ojo de menos...

—¡Vamos!—exclamó Krilov—. No tengo tiempo que perder. Todavía no ha respondido a mi pregunta.

Entonces, abandonando con manifiesto disgusto aquel tema, el portero preguntó cómo era la muchacha a quien se refería. Cuando el otro le hubo hecho una descripción detallada, dijo:

—Ya caigo. Es la señorita Ivanov. Viene a ver a sus amigos del tercero derecha... No deben tirarse las colillas en el suelo; ¡no las barrerás tú después!

Cuando salía, Krilov oyó que el portero le despedía con estas palabras:

—¡Atajo de gandules!...

—¡Canalla!—contestó el maestro mentalmente.

En seguida, a casa. De pronto recordó que tenía un diario donde había escrito en cierta ocasión, hacía ya mucho tiempo, algo muy radical, atrevido y bello. No tenía sino arrancar aquellas páginas y enviárselas a la muchacha. Ella las leería y lo comprendería todo. ¡Ah! Al cabo había dado con la solución.

Le abrió la puerta su mujer.

—¿Dónde has estado?—le preguntó—. ¿Qué te pasa?

Quitándose el gabán, Krilov dijo con cólera:

—¡Qué fastidio; la casa llena de gente, y no hay quien me cosa un botón del abrigo!

Y se encaminó a su gabinete.

—Pero ven a comer—le dijo su mujer.

—¡Déjame tranquilo! No me sigas.

Una vez solo, se puso a registrar febrilmente su biblioteca. Había en ella muchos libros, pero el diario no parecía. ¡Por fin! Allí estaba su diario. Pero, por más que lo hojeó, no encontró las páginas que buscaba. De pronto, recordó. Hacía años que, con motivo de un registro llevado a cabo por la policía en casa de un colega suyo, se había espantado tanto que las arrancó, arroján-

dolas al fuego. Con la cabeza baja, el rostro oculto entre sus manos, permaneció inmóvil ante su diario devastado.

—Las páginas ardieron— pensó con dolor—; pero aun puedo recordar su contenido.

Y lo intentó, sin recordar nada. Todo se había perdido para siempre y no resucitaría ya. Había vivido, y, a la sazón, ya no existía, como vive y muere todo sobre la tierra. Las bellas palabras habían desaparecido en el desierto vacío, y nadie las conocía, nadie las recordaba, en ningún corazón habían dejado huella ninguna. Era inútil llorar, implorar, suplicar, amenazar, enfurecerse; con ello nada lograría. El vacío infinito permanecería mudo, impasible, pues no devuelve jamás nada de lo que devora. Nunca, ni lágrimas, ni súplicas, han podido tornar a la vida a lo que ha muerto. No hay perdón, no hay remedio; tal es la ley cruel de la vida. Sí, aquello había muerto. El mismo había sido su asesino. Con sus propias manos había quemado las mejores que se habían abierto, en una noche santa, en su alma mísera y estéril. No hay perdón, no hay remedio; tal es la ley cruel de la vida.

No podía continuar solo.

—¡Macha!—gritó a su mujer.

Acudió en el acto. Su faz era bondadosa; su cabello, descuidado, tenía un color impreciso. Llevaba en la mano un traje de niño que estaba confeccionando.

—Bueno; ¿vas a comer? Voy a calentarte la comida; todo está frío.

—No; aguarda... Tengo que hablarte.

Macha manifestó inquietud y miró fijamente a su esposo.

—Siéntate—dijo éste.

Ella se sentó, arregló sus ropas y se dispuso a escuchar. Y como le ocurría siempre, para escuchar puso una cara perfectamente estúpida, diciendo:

—Te escucho.

Mas el profesor no articuló palabra; miraba con extrañeza el rostro de su mujer. Le pareció completamente desconocido en aquel instante, como el de un nuevo alumno que asistiese a clase por vez primera. Se le antojaba absurdo que aquella mujer fuese su esposa. Una nueva idea turbó su cerebro trastornado. Y, murmurando, dijo en voz baja:

—¿No sabes, Macha? ¡Soy un espía!

—¿Cómo?

—Soy un espía. ¿Comprendes?

Ella se quedó inmóvil en su asiento, y, con un gesto de desesperación, exclamó:

—¡Ya lo había sospechado! Lo adiviné hace tiempo. ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

Krílov se levantó de su asiento, se le acercó y se puso a gritar furiosamente, con el puño cerrado ante el rostro de su esposa, logrando apenas contener sus deseos de golpearla.

—¡Qué bestia eres! ¡Qué idiota! ¿Lo crees, pues? ¿Lo creías hace mucho tiempo? Pero ¿es posible? ¡Después de doce años que vivimos juntos!... ¡Doce años! Y es mi mujer, la compañera de mi vida, a quien se lo doy todo... mis pensamientos, mi dinero... ¡Esto es horrible!

Luego volvió la espalda, y dió rienda suelta a su llanto. Ella no comprendía por qué lloraba, si por ser espía o por no serlo. Tuvo piedad de él. Pero, al mismo tiempo, se sintió ofendida por sus palabras, y rompió a llorar a su vez, diciendo entre sollozos:

—Siempre lo mismo. Siempre soy yo la culpable. ¿Por qué te casaste con una idiota?

Krílov se volvió hacia ella airadísimo y balbuceó:

—¡Dios mío! ¡Doce años! Si puedes creer que en realidad soy espía... ¡Qué estúpida eres! ¡Qué idiota!

—Vamos; ¿quieres acabar con tus insultos?—protestó ella—. Tú haces las porquerías y luego soy yo la responsable.

—¿Qué porquería?—preguntóle Krílov, furioso—. ¿Crees, pues, que soy espía? Dí: ¿soy espía o no?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? Puede que sí lo seas.

Rabiosos, llenos de cólera, los dos desgraciados siguieron por largo espacio cambiando

insultos, llorando, jurando, gritando. Al fin, postrados, cansados, se sentaron, y se pusieron a hablar más tranquilamente. Confuso, evitando algunos detalles, Krilov refirió a su mujer su aventura con la muchacha, y manifestó sus temores de que pudiera encontrarlo por casualidad.

—¿No es más que eso?—preguntó Macha, tranquilizada al fin—. ¡Y yo que me había figurado cosas terribles! No hay por qué atormentarse de esa manera; no tienes sino afeitarte por completo y quitarte las gafas para que no te reconozca. Durante las clases puedes tenerlas puestas.

—Sí; pero... eso no me hará cambiar mucho. Si al menos tuviese unos buenos bigotes y barba... como los demás...

—No digas tonterías. Tienes unos buenos bigotes; siempre lo he dicho.

El profesor experimentó un gran alivio. Abrazó a su mujer. A media noche, cuando Macha se fué a la cama y el silencio reinó en la casa, llevó a su cuarto un espejo y agua caliente, y comenzó a afeitarse. A más de la lámpara, vióse obligado a encender dos bujías; tanta luz le molestaba. Habiéndose afeitado un lado de la cara, se miró fijamente a los ojos, y se detuvo como paralizado.

—Mira cómo eres—se dijo, como si mirase a otra persona.

En realidad, no era guapo; su rostro estaba envejecido, mustio, arrugado; las gafas le habían dejado una señal roja en lo alto de la nariz. Había en su rostro un no sé qué de gris, de muerto, como si se tratara de la mascarilla de un cadáver. No parecía ni un espía ni uno de los perseguidos por los espías.

ha —¡Mira cómo eres!—balbuceó.

¿Por qué tenía aquella cara estúpida? ¿Quién se la había dado? Una lágrima cayó de sus ojos. Apretando los dientes, se afeitó el otro lado del rostro. Miróse otra vez al espejo. Al día siguiente todos se reirían al verlo.

Con gesto resuelto asió fuertemente la navaja, echó la cabeza hacia atrás, y con suavidad se pasó dos veces por la garganta el contrafilo de la hoja. No hubiera estado mal degollarse; pero no se atrevió, no pudo.

—¡Cobarde! ¡Canalla!—dijo en voz alta.

En el espejo su rostro permaneció gris, muerto, a pesar de que movió los labios. Hubiera querido encolerizarse, llorar, romper el espejo, hacer algo violento; pero su alma estaba vacía, sin vida. Sólo deseaba dormir.

—Como he respirado demasiado tiempo el aire frío...—se dijo, bostezando.

El otro, en el espejo, bostezó también.

Guardó la navaja, apagó las luces y se encaminó al lecho.

No tardó en dormirse, hundido el rostro en la almohada; aquel rostro que al día siguiente haría reír a todos: a sus discípulos, a sus colegas, a su mujer y a él mismo.

FIN

PRO INDULTO DE SHUM

Entre las varias adhesiones recibidas ya en la campaña empezada con creciente éxito para conseguir el indulto de Juan Bautista Acher, el notabilísimo artista, preso en el Dueso, ha llegado a nuestras manos ésta de un preso en la cárcel de Zaragoza, que, por la delicadeza y buena voluntad que la inspira, es digna de ser subrayada:

"En *El Sol* del 28 de abril—dice la carta—veo la inmensa piedad colectiva que hacia *el Poeta* (Shum) comienza a extender su manto (que no es la capa del mítico Nesso); y como de ese gran todo fraterno quiero ser parte, como práctico traductor del *todos para uno y uno para todos*, no pudiendo, en mi extrema miseria, hacer otra aportación (soy un preso, y loco, de contra), os envío, en lo que a mí desdibujada persona le es dable, esos tres sonetos, que usted adjuntará, en su valor integral, al conjunto de aportaciones "Pro indulto de Shum."

Firma la carta Manuel Pauce. De los sonetos enviados damos a la publicidad, mediante la hospitalidad de ESTUDIOS, estos dos:

A la campana del reloj

Argentada campana del reloj de las horas, que lanzas al detalle del tiempo, la fracción, ¿cuándo dirá tu bronce, con tu lengua sonora, que ha llegado el momento de la liberación?

¿Cuándo dirá, campana, tu vibrante sonido, que los hombres, movidos por fraterna conciencia, tuvieron para el preso que yace en el olvido [cia, un gesto de justicia o un rasgo de clemencia?

¡Envuelto en las rudezas de la horrible prisión, voy hacia el pupilaje del ritmo del no ser, perdida la esperanza y ausente la ilusión!

¡Hundido en el silencio, miro las azulías, y muero en el naufragio del amor y la fe!..

¡Tú no sabes, campana, de mi horrenda agonía!

El nieto y el abuelo

Llevado de la mano de un niño, va un anciano. El niño es bello y blondo; el viejo, triste y feo. Para vivir, mendigan. Uno tiende la mano —el niño—, y el anciano dice: ¡Por Dios, no veo!

El viejo, que ha vivido, recuerda que fué obrepero el niño no piensa, por su infantilidad. [ro; El uno es la experiencia pretérita—ya el cero—; el otro es el futuro—la incógnita social—.

El Hinterland que a entrambos separa es lo vi- el niño ve la vida con prismas de su edad; [vido; el viejo ve, a su edad, con gesto dolorido.

Ambos son eslabones de una común cadena; anónimos aherrojados de una cruel sociedad, que ni fué, ni será, ni cristiana, ni buena.

MANUEL PAUCE (*Luis Mañel*)

En Madrid dirige los trabajos Maximiano G. Venero. La labor de provincias y del extranjero está a cargo de nuestro compañero Isaac Puente, Médico, Maestu (Alava), a quien deben dirigirse las adhesiones.

Si en la localidad en donde reside no hay corresponsal de esta Revista, facilítenos una persona solvente que se encargue de su venta, o conviértase usted mismo en corresponsal, recomendándola a todas las personas amantes del estudio.

A todos nuestros corresponsales de América y Francia les advertimos que pueden efectuar sus pagos por medio del Giro Postal Internacional. Es ésta la más práctica, rápida y económica forma de enviar dinero.

Los giros diríjanse siempre de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158

VALENCIA



La que supo vivir su amor, por Higinio Noja Ruiz.—Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción, la cual viene obteniendo un éxito franco y merecido.—Precio, 4 pesetas.

Camino de perfección, por Carlos Brandt.—Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.



Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.....

0'25

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.....

0'30

La Filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo.....

0'25

Almanaque de "Generación Consciente" para 1927..... 1

COLECCION «LA NOVELA MENSUAL DE GENERACIÓN CONSCIENTE»

Crainquebille, por Anatole France..... 0'50

La muerte de Oliverio Bécaille, por Emilio Zola..... 0'50

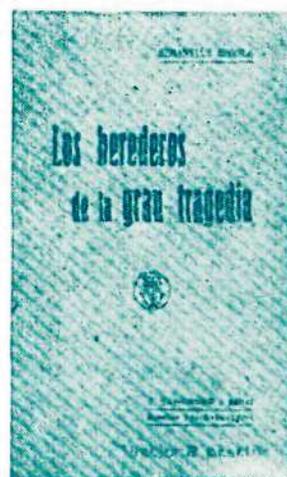
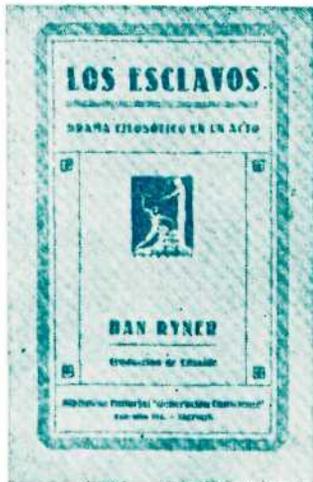
El Mareo, por Alejandro Kuprin..... 0'50

Luz de Domingo, por Ramón Pérez de Ayala.. 0'50

Infanticida, por Joaquín Dicenta..... 0'50

Urania, por Camilo Flammarion..... 0'50

A toda nota de pedido debe acompañarse su importe, por giro postal. Los envíos se hacen certificados, libres de gastos, inmediatamente de recibido el dinero.



Almanaque de "Generación Consciente" para 1928.—Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 pta.

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

Los herederos de la gran tragedia, por Sebastián Gomila.—Acertadísima, profética visión de la post-guerra. Obra unánimemente elogiada por la crítica.—Precio, 2 ptas.



Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor. — El delito de Besar. — La reconquista del derecho de amar.*—Es este un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

El Alcohol y el Tabaco, por León Tolstoi.—Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que oscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 pta.





Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta. — Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158. — Valencia.

ESTUDIOS



Consultorio Médico de **ESTUDIOS**

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia. Cromoterapia. Fototerapia. Electricidad. Sol artificial. Rayos X. Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 70. — Junio 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.